



# **LA VERDAD SOSPECHOSA**

**Juan Ruiz de Alarcón**

---

## **Personas que hablan en ella:**

- **Don GARCÍA, galán**
- **Don JUAN de Sosa, galán**
- **Don FÉLIX, galán**
- **Don BELTRÁN, viejo grave**
- **Don SANCHO, viejo grave**
- **Don JUAN de Luna, viejo grave**
- **TRISTÁN, gracioso**
- **Doña JACINTA, dama**
- **Doña LUCRECIA, dama**
- **ISABEL, criada**
- **Un LETRADO**
- **CAMINO, escudero**
- **Un PAGE**
- **Un CRIADO**

---

## **ACTO PRIMERO**

---

[Sala en casa de don BELTRÁN]

Salen por una puerta don GARCÍA y un LETRADO viejo, de estudiantes,

de camino; y, por otra, don BELTRÁN y TRISTÁN

BELTRÁN: Con bien vengas, hijo mío.  
GARCÍA: Dame la mano, señor.  
BELTRÁN: ¿Cómo vives?  
GARCÍA: El calor  
del ardiente y seco estío  
me ha afligido de tal suerte  
que no pudiera llevallo,  
señor, a no mitigallo  
con la esperanza de verte.  
BELTRÁN: Entra, pues, a descansar.  
Dios te guarde. ¡Qué hombre vienes!  
¡Tristán!  
TRISTÁN: ¿Señor?  
BELTRÁN: Dueño tienes  
nuevo ya de quien cuidar.  
Sirve desde hoy a García;  
que tú eres diestro en la corte  
y él bisoño.  
TRISTÁN: En lo que importa,  
yo le serviré de guía.  
BELTRÁN: No es criado el que te doy;  
mas consejero y amigo.  
GARCÍA: Tendrá ese lugar conmigo.  
TRISTÁN: Vuestro humilde esclavo soy.

Vanse don GARCÍA y TRISTÁN

BELTRÁN: Déme, señor Licenciado  
los brazos.  
LETRADO: Los pies os pido.  
BELTRÁN: Alce ya, ¿Cómo ha venido?  
LETRADO: Bueno, contento, honrado  
de mi señor don García,  
a quien tanto amor cobré,  
que no sé cómo podré  
vivir sin su compañía.  
BELTRÁN: Dios le guarde, que, en efeto,  
siempre el señor Licenciado  
claros indicios ha dado  
de agradecido y discreto.  
Tan precisa obligación  
me huelgo que haya cumplido  
García, y que haya acudido  
a lo que es tanta razón.  
Porque le aseguro yo  
que es tal mi agradecimiento,  
que, como un corregimiento  
mi intercesión la alcanzó  
--según mi amor, desigual--,  
de la misma suerte hiciera  
darle también, si pudiera  
plaza en Consejo Real.  
LETRADO: De vuestro valor lo fío.  
BELTRÁN: Sí, bien lo puede creer.  
Mas yo me doy a entender  
que, si con el favor mío  
en ese escalón primero  
se ha podido poner, ya

sin mi ayuda subirá  
con su virtud al postrero.

LETRADO: En cualquier tiempo y lugar  
he de ser vuestro criado.

BELTRÁN: Ya, pues, señor Licenciado  
que el timón ha de dejar  
de la nave de García,  
y yo he de encargarme de él,  
que hiciese por mí y por él  
sola una cosa querría.

LETRADO: Ya, señor, alegre espero  
lo que me queréis mandar.

BELTRÁN: La palabra me ha de dar  
de que lo ha de hacer, primero.

LETRADO: Por Dios juro de cumplir,  
señor, vuestra voluntad.

BELTRÁN: Que me diga una verdad  
le quiero sólo pedir.  
Ya sabe que fue mi intento  
que el camino que seguía  
de las letras, don García,  
fuese su acrecentamiento;  
que, para un hijo segundo,  
como él era, es cosa cierta  
que es ésa la mejor puerta  
para las honras del mundo.  
Pues como Dios se sirvió  
de llevarse a don Gabriel,  
mi hijo mayor, con que él  
mi mayorazgo quedó,  
determiné que, dejada  
esa profesión, viniese  
a Madrid, donde estuviese,  
como es cosa acostumbrada  
entre ilustres caballeros  
en España; porque es bien  
que las nobles casas den  
a su rey sus herederos.  
Pues como es ya don García  
hombre que no ha de tener  
maestro, y ha de correr  
su gobierno a cuenta mía,  
y mi paternal amor  
con justa razón desea  
que, ya que el mejor no sea,  
no la noten por peor,  
quiero, señor Licenciado,  
que me diga claramente  
sin lisonja, lo que siente  
--supuesto que le ha criado--  
de su modo y condición,  
de su trato y ejercicio,  
y a qué género de vicio  
muestra más inclinación.  
Si tiene alguna costumbre  
que yo cuide de enmendar,  
no piense que me ha de dar  
con decirlo pesadumbre;  
que él tenga vicio es forzoso;  
que me pese, claro está;  
mas saberlo me será

útil, cuando no gustoso.

Antes en nada, a fe mía  
hacerme puede mayor  
placer, o mostrar mejor  
lo bien que quiere a García,  
que en darme este desengaño,  
cuando provechoso es,  
si he de saberlo después  
que haya sucedido un daño.

LETRADO: Tan estrecha prevención,  
señor, no era menester  
para reducirme a hacer  
lo que tengo obligación.

Pues es caso averiguado  
que, cuando entrega al señor  
un caballo el picador  
que lo ha impuesto y enseñado,  
si no le informa del modo  
y los resabios que tiene,  
un mal suceso previene  
al caballo y dueño y todo.

Deciros verdad es bien;  
que, demás del juramento,  
daros una purga intento  
que os sepa mal y haga bien.

De mi señor don García  
todas las acciones tienen  
cierto acento, en que convienen  
con su alta genealogía.

Es magnánimo y valiente,  
es sagaz y es ingenioso,  
es liberal y piadoso,  
si repentino, impaciente.

No trato de las pasiones  
propias de la mocedad,  
porque, en éstas, con la edad  
se mudan las condiciones.

Mas una falta no más  
es la que le he conocido,  
que, por más que le he reñido,  
no se ha enmendado jamás.

BELTRÁN: ¿Cosa que a sus calidad  
será dañosa en Madrid?

LETRADO:

Puede ser.

BELTRÁN: ¿Cuál es? Decid.

LETRADO: No decir siempre verdad.

BELTRÁN: ¡Jesús! ¡Qué cosa tan fea  
en hombre de obligación!

LETRADO: Yo pienso que, o condición,  
o mala costumbre sea.

Con la mucha autoridad  
que con él tenéis, señor,  
junto con que ya es mayor  
su cordura con la edad,  
ese vicio perderá.

BELTRÁN: Si la vara no ha podido,  
en tiempo que tierna ha sido,  
enderezarse, ¿qué hará

siendo ya tronco robusto?

LETRADO: En Salamanca, señor,  
son mozos, gastan humor,

sigue cada cual su gusto;  
hacen donaire del vicio,  
gala de la travesura,  
grandeza de la locura;  
hace, al fin, la edad su oficio.

Mas, en la corte, mejor  
su enmienda esperar podemos,  
donde tan validas vemos  
las escuelas del honor.

BELTRÁN: Casi me mueve a reír  
ver cuán ignorante está  
de la corte. ¿Luego acá  
no hay quien le enseñe a mentir?

En la corte, aunque haya sido  
un extremo don García,  
hay quien le dé cada día  
mil mentiras de partido.

Y si aquí miente el que está  
en un puesto levantado,  
en cosa en que al engañado  
la hacienda o honor le va,

¿no es mayor inconveniente  
quien por espejo está puesto  
al reino? Dejemos esto,  
que me voy a maldiciente.

Como el toro a quien tiró  
la vara una diestra mano  
arremete al más cercano  
sin mirar a quien le hirió,  
así yo, con el dolor  
que esta nueva me ha causado,  
en quien primero he encontrado  
ejecuté mi furor.

Créame, que si García  
mi hacienda, de amores ciego,  
disipara, o en el juego  
consumiera noche y día;

si fuera de ánimo inquieto  
y a pendencias inclinado,  
si mal se hubiera casado,  
si se muriera, en efeto,  
no lo llevara tan mal  
como que su falta sea  
mentir. ¡Qué cosa tan fea!  
¡Qué opuesta a mi natural!

Ahora bien; lo que he de hacer  
es casarle brevemente,  
antes que este inconveniente  
conocido venga a ser.

Yo quedo muy satisfecho  
de su bueno celo y cuidado,  
y me confieso obligado  
del bien que en esto me ha hecho.

¿Cuándo ha de partir?

LETRADO: Querría

luego.

BELTRÁN: ¿No descansará  
algún tiempo y gozará  
de la corte?

LETRADO: Dicha mía  
fuera quedarme con vos;

BELTRÁN:           pero mi oficio me espera.  
Ya entiendo; volar quisiera  
porque va a mandar. Adiós.

**Vase don BELTRÁN**

LETRADO:           Guárdeos Dios. Dolor extraño  
le dió al buen viejo la nueva.  
Al fin, el más sabio lleva  
agramente un desengaño.

[Una calle en las platerías]

**Vase el LETRADO. Salen don GARCÍA, de galán, y TRISTÁN**

GARCÍA:           ¿Díceme bien este traje?  
TRISTÁN:          Divinamente, señor.  
                  ¡Bien hubiese el inventor  
de este holandesco follaje!  
                  Con un cuello apanalado,  
¿qué fealdad no se enmendó?  
Yo sé una dama a quien dio  
cierto amigo gran cuidado  
                  mientras con cuello le veía;  
y una vez que llegó a verle  
sin él, la obligó a perderle  
cuanta afición le tenía,  
                  porque ciertos costurones  
en la garganta cetrina  
publicaban la rüina  
de pasados lamparones.  
                  Las narices le crecieron,  
mostró un gran palmo de oreja,  
y las quijadas, de vieja,  
en lo enjuto, parecieron.  
                  Al fin el galán quedó  
tan otro del que solía,  
que no le conocería  
la madre que le parió.

GARCÍA:           Por esa y otras razones  
me holgara de que saliera  
premática que impidiera  
esos vanos cangilones.  
                  Que, demás de esos engaños,  
con su holanda el extranjero  
saca de España el dinero  
para nuestros propios daños.  
                  Una valoncilla angosta,  
usándose, le estuviera  
bien al rostro, y se anduviera  
más a gusto a menos costa.  
                  Y no que, con tal cuidado,  
sirve un galán a su cuello  
que, por no descomponello,  
se obliga a andar empalado.

TRISTÁN:          Yo sé quien tuvo ocasión  
de gozar su amada bella,  
y no osó llegarse a ella  
por no ahujar un cangilón.  
                  Y esto me tiene confuso;  
todos dicen que se holgaran

de que valonas se usaran,  
y nadie comienza el uso.

GARCÍA: De gobernar nos dejemos  
el mundo. ¿Qué hay de mujeres?

TRISTÁN: ¿El mundo dejas y quieres  
que la carne gobernemos?  
¿Es más fácil?

GARCÍA: Más gustoso.

TRISTÁN: ¿Eres tierno?

GARCÍA: Mozo soy.

TRISTÁN: Pues en lugar entras hoy  
donde Amor no vive ocioso.  
Resplandecen damas bellas  
en el cortesano suelo,  
de la suerte que en el cielo  
brillan lucientes estrellas.  
En el vicio y la virtud  
y el estado hay diferencia,  
como es varia su influencia,  
resplandor y magnitud.  
Las señoras, no es mi intento  
que en este número estén,  
que son ángeles a quien  
no se atreve el pensamiento.  
Sólo te diré de aquellas  
que son, con alma livianas  
siendo divinas, humanas;  
corruptibles, siendo estrellas.  
Bellas casadas verás,  
conversables y discretas,  
que las llamo yo planetas  
porque resplandecen más.  
Éstas, con la conjunción  
de maridos placenteros,  
influyen en extranjeros  
dadivosa condición.  
Otras hay cuyos maridos  
a comisiones se van,  
o que en las Indias están,  
o en Italia, entretenidos.  
No todas dicen verdad  
en esto, que mi taimadas  
suelen fingirse casadas  
por vivir con libertad.  
Verás de cautas pasantes  
hermosas recientes hijas;  
éstas son estrellas fijas,  
y sus madres son errantes.  
Hay una gran multitud  
de señoras del tusón,  
que, entre cortesanas, son  
de la mayor magnitud.  
Síguense tras las tusonas,  
otras que serlo desean,  
y, aunque tan buenas no sean,  
son mejores que busconas.  
Éstas son unas estrellas  
que dan menor claridad;  
mas, en la necesidad,  
te habrás de alumbrar con ellas.  
La buscona, no la cuento

por estrella, que es cometa;  
pues ni su luz es perfeta  
ni conocido su asiento.

Por las mañanas se ofrece  
amenazando al dinero,  
y, en cumpliéndose el agüero,  
al punto desaparece.

Niñas salen que procuran  
gozar todas ocasiones;  
éstas son exhalaciones  
que, mientras se queman, duran.

Pero que adviertas es bien,  
si en estas estrellas tocas,  
que son estables muy pocas,  
por más que un Perú les den.

No ignores, pues yo no ignoro,  
que un signo el de Virgo es,  
y los de cuernos son tres:  
Aries, Capricornio y Toro.

Y así, sin fiar en ellas,  
lleva un presupuesto solo,  
y es que el dinero es el polo  
de todas estas estrellas.

GARCÍA:

¿Eres astrólogo?

TRISTÁN:

Oí,

el tiempo que pretendía  
en palacio, astrología.

GARCÍA:

¿Luego has pretendido?

TRISTÁN:

Fui

pretendiente por mi mal.

GARCÍA:

¿Cómo en servir has parado?

TRISTÁN:

Señor, porque me han faltado  
la fortuna y el caudal;

aunque quien te sirve, en vano  
por mejor suerte suspira.

GARCÍA:

Deja lisonjas y mira  
el marfil de aquella mano;  
el divino resplandor  
de aquellos ojos, que, juntas,  
despiden entre las puntas  
flechas de muerte y amor.

TRISTÁN:

¿Dices aquella señora  
que va en coche?

GARCÍA:

Pues ¿cuál

merece alabanza igual?

TRISTÁN:

¡Qué bien encajaba agora  
esto de coche de sol,  
con todos sus adherentes  
de rayos de fuego ardientes  
y deslumbrante arrebol!

GARCÍA:

¿La primera dama que vi  
en la corte me agradó?

TRISTÁN:

La primera en tierra.

GARCÍA:

No;

la primera en cielo, sí;  
que es divina esta mujer.

TRISTÁN:

Por puntos las toparás  
tan bellas, que no podrás  
ser firme en un parecer.

Yo nunca he tenido aquí  
constante amor ni deseo,



que siempre por la que veo  
me olvido de la que vi.

GARCÍA:           ¿Dónde ha de haber resplandores  
que borren los de estos ojos?

TRISTÁN:       Míraslos ya con antojos  
que hacen las cosas mayores.

GARCÍA:           ¿Conoces, Tristán?...

TRISTÁN:                       No humanes  
lo que por divino adoras;  
porque tan altas señoras  
no tocan a los Tristanes.

GARCÍA:       Pues yo, al fin, quien fuere, sea,  
la quiero y he de servilla.  
Tú puedes, Tristán, seguilla.

TRISTÁN:       Detente, que ella se apea  
en la tienda.

GARCÍA:           Llegar quiero.  
¿Usase en la corte?

TRISTÁN:                       Sí,  
con la regla que te di  
de que es el polo el dinero.

GARCÍA:       Oro traigo.

TRISTÁN:                       ¡Cierra, España!,  
que a César llevas contigo;  
mas mira si en lo que digo  
mi pensamiento se engaña;  
          advierte, señor, si aquélla  
que tras ella sale agora  
puede ser sol de su aurora,  
ser aurora de su estrella.

GARCÍA:       Hermosa es también.

TRISTÁN:                       Pues mira  
si la criada es peor.

GARCÍA:       El coche es arco de amor,  
y son flechas cuantas tira.  
Yo llego.

TRISTÁN:                       A lo dicho advierte...

GARCÍA:       ¿Y es?...

TRISTÁN:                       Que a la mujer rogando,  
y con el dinero dando.

GARCÍA:       ¡Consista en eso mi suerte!

TRISTÁN:       Pues yo, mientras hablas, quiero  
que me haga relación  
el cochero de quién son.

GARCÍA:       ¿Dirálo?

TRISTÁN:                       Sí, que es cochero.

**Vase TRISTÁN. Salen JACINTA, LUCRECIA, ISABEL, con mantos; cae  
JACINTA y llega don GARCÍA y dale la mano**

JACINTA:           ¡Válgame Dios!

GARCÍA:                       Esta mano  
os servid de que os levante,  
si merezco ser Atlante  
de un cielo tan soberano.

JACINTA:       Atlante debéis de ser,  
pues lo llegáis a tocar.

GARCÍA:       Una cosa es alcanzar  
y otra cosa merecer.  
          ¿Qué victoria es la beldad

alcanzar, por quien me abraso,  
si es favor que debo al caso,  
y no a vuestra voluntad?

Con mi propia mano así  
el cielo mas ¿qué importó,  
si ha sido porque él cayó,  
y no porque yo subí?

JACINTA: ¿Para qué fin se procura  
merecer?

GARCÍA: Para alcanzar.

JACINTA: Llegar al fin, sin pasar  
por los medios, ¿no es ventura?

GARCÍA: Sí.

JACINTA: Pues ¿cómo estáis quejoso  
del bien que os ha sucedido,  
si el no haberlo merecido  
os hace más venturoso?

GARCÍA: Porque, como las acciones  
del agravio y el favor  
reciben todo el valor  
sólo de las intenciones,  
por la mano que os toqué  
no estoy yo favorecido,  
si haberlo vos consentido  
con esa intención no fue.

Y, así, sentir me dejad  
que, cuando tal dicha gano,  
venga sin alma la mano  
y el favor sin voluntad.

JACINTA: Si la vuestra no sabía,  
de que agora me informáis,  
injustamente culpáis  
los defetos de la mía.

#### **Sale TRISTÁN**

TRISTÁN: (El cochero hizo su oficio;  
nuevas tengo de quién son).

**Aparte**

GARCÍA: ¿Qué hasta aquí de mi afición  
nunca tuvisteis indicio?

JACINTA: ¿Cómo, si jamás os vi?

GARCÍA: ¿Tampoco ha valido, ¡ay Dios!,  
más de un año que por vos  
he andado fuera de mí?

TRISTÁN: (¿Un año, y ayer llegó **Aparte**  
a la corte?)

JACINTA: ¡Bueno a fe!

¿Mas de un año? Juraré  
que no os vi en mi vida yo.

GARCÍA: Cuando del indiano suelo  
por mi dicha llegué aquí,  
la primer cosa que vi  
fue la gloria de ese cielo.

Y aunque os entregué al momento  
el alma, habéislo ignorado  
porque ocasión me ha faltado  
de deciros lo que siento.

JACINTA: ¿Sois indiano?

GARCÍA: Y tales son  
mis riquezas, pues os vi,  
que al minado Potosí

le quito la presunción.  
 TRISTÁN: (¿Indiano?) **Aparte**  
 JACINTA: ¿Y sois tan guardoso  
 como la fama los hace?  
 GARCÍA: Al que más avaro nace,  
 hace el amor dadivoso.  
 JACINTA: ¿Luego, si decís verdad,  
 preciosas ferias espero?  
 GARCÍA: Si es que ha de dar el dinero  
 crédito a la voluntad,  
 serán pequeños empleos,  
 para mostrar lo que adoro,  
 daros tantos mundos de oro  
 como vos me dais deseos.  
 Mas ya que ni al merecer  
 de esa divina beldad,  
 ni a mi inmensa voluntad  
 ha de igualar el poder,  
 por lo menos os servid;  
 que esta tienda que os franqueo  
 dé señal de mi deseo.  
 JACINTA: (No vi tal hombre en Madrid). **Aparte**  
 Lucrecia, ¿qué te parece  
 del indiano liberal?  
 LUCRECIA: Que no te parece mal,  
 Jacinta, y que lo merece.  
 GARCÍA: Las joyas que gusto os dan,  
 tomad de este aparador.

**Habla TRISTÁN aparte a don GARCÍA**

TRISTÁN: Mucho te arrojas, señor.  
 GARCÍA: ¡Estoy perdido, Tristán.

**Habla ISABEL aparte a las damas**

ISABEL: ¡Don Juan viene!  
 JACINTA: Yo agradezco,  
 señor, lo que me ofrecéis.  
 GARCÍA: Mirad que me agraviaréis  
 si no lográis lo que ofrezco.  
 JACINTA: Yerran vuestros pensamientos,  
 caballero, en presumir  
 que puedo yo recibir  
 más que los ofrecimientos.  
 GARCÍA: Pues ¿Qué ha alcanzado de vos  
 el corazón que os he dado?  
 JACINTA: El haberos escuchado.  
 GARCÍA: Yo lo estimo.  
 JACINTA: Adiós.  
 GARCÍA: Adiós,  
 y para amaros me dad  
 licencia.  
 JACINTA: Para querer,  
 no pienso que ha menester  
 licencia la voluntad.

**Vanse las mujeres**

GARCÍA: Síguelas.  
 TRISTÁN: Si te fatigas,



muy otro debo de estar.  
 JUAN: Más galán sois de seglar  
 que de estudiante lo fuisteis.  
 ¿Venís a Madrid de asiento?  
 GARCÍA: Sí.  
 JUAN: Bien venido seáis.  
 GARCÍA: Vos, don Félix, ¿cómo estáis?  
 FÉLIX: De veros, por Dios, contento.  
 Vengáis bueno en hora buena.  
 GARCÍA: Para serviros. ¿Qué hacéis?  
 ¿De qué habláis? ¿En qué entendéis?  
 JUAN: De cierta música y cena  
 que en el río dio un galán  
 esta noche a una señora,  
 era la plática agora.  
 GARCÍA: ¿Música y cena, don Juan?  
 ¿Y anoche?  
 JUAN: Sí.  
 GARCÍA: ¿Mucha cosa?  
 ¿Grande fiesta?  
 JUAN: Así es la fama.  
 GARCÍA: ¿Y muy hermosa la dama?  
 JUAN: Dícenme que es muy hermosa.  
 GARCÍA: ¡Bien!  
 JUAN: ¿Qué misterios hacéis?  
 GARCÍA: De que alabéis por tan buena  
 esa dama y esa cena,  
 si no es que alabando estéis  
 mi fiesta y mi dama así.  
 JUAN: ¿Pues tuvisteis también boda  
 anoche en el río?  
 GARCÍA: Toda  
 en eso la consumí.  
 TRISTÁN: (¿Qué fiesta o qué dama es ésta, **Aparte**  
 si a la corte llegó ayer?)  
 JUAN: ¿Ya tenéis a quien hacer,  
 tan recién venido, fiesta?  
 Presto el amor dio con vos.  
 GARCÍA: No ha tan poco que he llegado  
 que un mes no haya descansado.  
 TRISTÁN: (¡Ayer llegó, voto a Dios! **Aparte**  
 Él lleva alguna intención).  
 JUAN: No lo he sabido, a fe mía,  
 que al punto acudido habría,  
 a cumplir mi obligación.  
 GARCÍA: He estado hasta aquí secreto.  
 JUAN: Ésa la causa habrá sido  
 de no haberlo yo sabido.  
 Pero la fiesta, ¿en efeto  
 fue famosa?  
 GARCÍA: Por ventura,  
 no la dio mejor el río.  
 JUAN: (¡Ya de celos desvarío!) **Aparte**  
 "Quién duda que la espesura  
 del Sotillo el sitio os dio?  
 GARCÍA: Tales señas me vaya dando,  
 don Juan, que voy sospechando  
 que la sabéis como yo.  
 JUAN: No estoy de todo ignorante,  
 aunque todo no lo sé;  
 dijéronme no sé qué

confusamente, bastante  
a tenerme deseoso  
de escucharos la verdad,  
forzosa curiosidad  
en un cortesano ocioso...  
(o en un amante con celos).

**Aparte**

**Don FÉLIX habla aparte a don JUAN**

FÉLIX: Advertid cuán sin pensar  
os han venido a mostrar  
vuestro contrario los cielos.

GARCÍA: Pues a la fiesta atended:  
contaréla, ya que veo  
que os fatiga ese deseo.

JUAN: Haréisnos mucha merced.

GARCÍA: Entre las opacas sombras  
y opacidades espesas  
que el soto formaba de olmos  
y la noche de tinieblas,  
se ocultaba una cuadrada,  
limpia y olorosa mesa,  
a lo italiano curiosa,  
a lo español opulenta.  
En mil figuras prensados  
mantel y servilletas,  
sólo envidiaron las almas  
a las aves y a las fieras.  
Cuatro aparadores puestos  
en cuadra correspondencia,  
la plata blanca y dorada,  
vidrios y barro ostentan.  
Quedó con ramas un olmo  
en todo el Sotillo apenas,  
que de ellas se edificaron,  
en varias partes, seis tiendas.  
Cuatro coros diferentes  
ocultan las cuatro de ellas;  
otra, principios y postres,  
y las viandas, la sexta.  
Llegó en su coche mi dueño,  
dando envidia a las estrellas;  
a los aires, suavidad,  
y alegría a la ribera.  
Apenas el pie que adoro  
hizo esmeraldas ya hierba,  
hizo cristal la corriente,  
las arenas hizo perlas,  
cuando, en copia disparados  
cohetes, bombas y ruedas,  
toda la región del fuego  
bajó en un punto a la tierra.  
Aun no las sulfúreas luces  
se acabaron, cuando empiezan  
las de veinte y cuatro antorchas  
a oscurecer las estrellas.  
Empezó primero el coro  
de chirimías; tras ellas,  
el de las vihuelas de arco  
sonó en la segunda tienda.

Salieron con suavidad  
las flautas de la tercera,  
y, en la cuarta, cuatro voces,  
con guitarras y arpas suenan.  
Entre tanto, se sirvieron  
treinta y dos platos de cena,  
sin los principios y postres,  
que casi otros tantos eran.  
Las frutas y las bebidas  
en fuentes y tazas hechas  
del cristal que da el invierno  
y el artificio conserva,  
de tanta nieve se cubren,  
que Manzanares sospecha,  
cuando por el Soto pasa,  
que camina por la sierra.  
El olfato no está ocioso  
cuando el gusto se recrea,  
que de espíritus sùaves,  
de pomos y cazolejas  
y destilados sudores  
de aromas, flores y hierbas,  
en el Soto de Madrid  
se vio la región sabea.  
en un hombre de diamantes,  
delicadas de oro flechas,  
que mostrasen a mi dueño  
su crueldad y mi firmeza,  
al sauce, al junco y la mimbre  
quitaron su preeminencia;  
que han de ser oro las pajas  
cuando los dientes son perlas.  
En esto, juntas en folla,  
los cuatro coros comienzan,  
desde conformes distancias,  
a suspender las esferas;  
tanto que, envidioso Apolo,  
apresuró su carrera,  
de todas estas estrellas.  
porque el principio del día  
pusiese fin a la fiesta.

JUAN: ¡Por Dios, que la habéis pintado  
de colores tan perfetas,  
que no trocara el oírla  
por haberme hallado en ella!

TRISTÁN: (¡Válgate el diablo por hombre! **Aparte**  
Que tan de repente pueda  
pintar un convite tal  
que a la verdad misma venza!)

**Hablan don JUAN y don FÉLIX aparte**

JUAN: ¡Rabio de celos!

FÉLIX: No os dieron  
del convite tales señas.

JUAN: ¿Qué importa, si en la sustancia,  
el tiempo y lugar concuerdan?

GARCÍA: ¿Qué decís?

JUAN: Que fue el festín  
más célebre que pudiera  
hacer Alejandro Magno.

GARCÍA:        ¡Oh! Son niñerías éstas  
                 ordenadas de repente.  
                 Dadme vos que yo tuviera  
                 para prevenirme un día,  
                 que a las romanas y griegas  
                 fiestas que al mundo admiraron  
                 nueva admiración pusiera.

**Don GARCÍA mira adentro. Hablan don FÉLIX y don JUAN aparte**

FÉLIX:        Jacinta es la del estribo,  
                 en el coche de Lucrecia.  
JUAN:        Los ojos a don García  
                 se le van, por Dios, tras ella.  
FÉLIX:        Inquieto está y divertido.  
JUAN:        Ciertas son ya mis sospechas.  
LOS DOS:    Adiós.  
FÉLIX:        Entrambos a un punto  
                 fuisteis a una cosa mesma.

**Vanse don JUAN y don FÉLIX**

TRISTÁN:    (No vi jamás despedida                    **Aparte**  
                 tan conforme y tan resuelta).  
GARCÍA:    Aquel cielo, primer móvil  
                 de mis acciones, me lleva  
                 arrebatado tras sí.  
TRISTÁN:    Disimula y ten paciencia,  
                 que el mostrarse muy amante,  
                 antes daña que aprovecha,  
                 y siempre he visto que son  
                 venturosas las tibiezas.  
                 Las mujeres y los diablos  
                 caminan por una senda,  
                 que a las almas rematadas  
                 ni las siguen ni las tientan;  
                 que el tenellas ya seguras  
                 les hace olvidarse de ellas,  
                 y sólo de las que pueden  
                 escapárselas se acuerdan.  
GARCÍA:    Es verdad, mas no soy dueño  
                 de mí mismo,  
TRISTÁN:           Hasta que sepas  
                 extensamente su estado,  
                 no te entregues tan de veras;  
                 que suele dar, quien se arroja  
                 creyendo las apariencias,  
                 en un pantano cubierto  
                 de verde, engañosa hierba.  
GARCÍA:    Pues hoy te informa de todo.  
TRISTÁN:    Eso queda por mi cuenta.  
                 Y agora, antes que reviente,  
                 dime, por Dios, ¿qué fina llevas  
                 en las ficciones que he oído?  
                 Siquiera para que pueda  
                 ayudarte, que cogernos  
                 en mentira será afrenta.  
                 Perulero te fingiste  
                 con las damas.  
GARCÍA:           Cosa es cierta,  
                 Tristán, que los forasteros



tienen más dicha con ellas,  
y más si son de las Indias,  
información de riqueza.

TRISTÁN: Ese fin está entendido;  
mas pienso que el medio yerras,  
pues han de saber al fin  
quién eres.

GARCÍA: Cuando lo sepan,  
habré ganado en su casa  
o en su pecho ya las puertas  
con ese medio, y después,  
yo me entenderé con ellas.

TRISTÁN: Digo que me has convencido,  
señor; mas agora venga  
lo de haber un mes que estás  
en la corte. ¿Qué fin llevas,  
habiendo llegado ayer?

GARCÍA: Ya sabes tú que es grandeza  
esto de estar encubierto  
o retirado en su aldea,  
o en su casa descansando.

TRISTÁN: ¡Vaya muy en hora buena!  
Lo del convite entre agora.

GARCÍA: Fingílo, porque me pesa  
que piense nadie que hay cosa  
que mover mi pecho pueda  
a envidia o admiración,  
pasiones que al hombre afrentan.  
Que admirarse en ignorancia,  
como envidiar es bajeza.  
Tú no sabes a qué sabe  
cuando llega un portanuevas  
muy orgulloso a contar  
una hazaña o una fiesta,  
taparle la boca yo  
con otra tal, que se vuelva  
con sus nuevas en el cuerpo  
y que reviente con ellas.

TRISTÁN: ¡Caprichosa prevención,  
si bien peligrosa treta!  
La fábula de la corte  
serás, si la flor te entrevan.

GARCÍA: Quien vive sin ser sentido,  
quien sólo el número aumenta  
y hace lo que todos hacen,  
¿en qué difiere de bestia?  
Ser famosos en gran cosa,  
el medio cual fuere sea.  
Nómbrenme a mí en todas partes,  
y murmúrenme siquiera;  
pues, uno, por ganar nombre,  
abrasó el templo de Efesia.  
Y, al fin, es éste mi gusto,  
que es la razón de más fuerza.

TRISTÁN: Juveniles opiniones  
sigue tu ambiciosa idea,  
y cerrar has menester  
en la corte, la mollera.

**Vanse don GARCÍA y TRISTÁN**

[Sala en casa de don SANCHE]

Salen JACINTA e ISABEL, con mantos, y don BELTRÁN y don SANCHE

JACINTA: ¿Tan grande merced?  
BELTRÁN: No ha sido  
amistad de un solo día  
la que esta casa y la mía,  
si os acordáis, se han tenido;  
y así, no es bien que extrañéis  
mi visita.

JACINTA: Si me espanto  
es, señor, por haber tanto  
que merced no nos hacéis.  
Perdonadme que, ignorando  
el bien que en casa tenía,  
me tardé en la Platería,  
ciertas joyas concertando.

BELTRÁN: Feliz pronóstico dais  
al pensamiento que tengo,  
pues cuando a casaros vengo  
comprando joyas estáis.  
Con don Sancho, vuestro tío,  
tengo tratado, señora,  
hacer parentesco agora  
nuestra amistad, y confío  
--puesto que, como discreto,  
dice don Sancho que es justo  
remitirse a vuestro gusto--  
que esto ha de tener efeto.  
Que, pues es la hacienda mía  
y calidad tan patente,  
sólo falta que os contente  
la persona de García.  
Y aunque ayer a Madrid vino  
de Salamanca el mancebo,  
y de envidia el rubio Febo  
le ha abrasado en el camino,  
bien me atreveré a ponello  
ante vuestros ojos claros,  
fiando que de agradaros  
desde la planta al cabello,  
si licencia le otorgáis  
para que os bese la mano.

JACINTA: Encarecer lo que gano  
en la mano que me dais,  
si es notorio, es vano intento,  
que estimo de tal manera  
las prendas vuestras, que diera  
luego mi consentimiento,  
a no haber de parecer  
--por mucho que en ello gano--  
arrojamiento liviano  
en una honrada mujer.  
Que el breve determinarse  
es cosa de tanto peso,  
o es tener muy poco seso  
o gran gana de casarse.  
Y en cuanto a que yo lo vea  
me parece, si os agrada,

que, para no arriesgar nada,  
pasando la calle sea.

Que si, como puede ser  
y sucede a cada paso,  
después de tratarlo, acaso  
se viniese a deshacer,  
¿de qué me hubieran servido,  
o qué opinión me darán  
las visitas de un galán  
con licencias de marido?

BELTRÁN: Ya por vuestra gran cordura,  
si es mi hijo vuestro esposo,  
le tendré por tan dichoso  
como por vuestra hermosura.

SANCHO: De prudencia puede ser  
un espejo la que oís.

BELTRÁN: No sin causa os remitís,  
don Sancho, a su parecer.  
Esta tarde, con García,  
a caballo pasaré  
vuestra calle.

JACINTA: Yo estaré  
detrás de esa celosía.

BELTRÁN: Que le miréis bien os pido,  
que esta noche he de volver,  
Jacinta hermosa, a saber  
cómo os haya parecido.

JACINTA: ¿Tan apriesa?

BELTRÁN: Este cuidado  
no admiréis, que es ya forzoso;  
pues si vine deseoso  
vuelvo agora enamorado.  
Y adiós.

JACINTA: Adiós.

#### **Habla don BELTRÁN a don SANCHO**

BELTRÁN: ¿Dónde vais?

SANCHO: A serviros.

BELTRÁN: No saldré.

SANCHO: Al corredor llegaré  
con vos, si licencia dais.

#### **Vanse los dos**

ISABEL: Mucha priesa te da el viejo.

JACINTA: Yo se la diera mayor,  
pues también le está a mi honor,  
si a diferente consejo  
no me obligara el amor;  
que, aunque los impedimentos  
del hábito de don Juan  
--dueño de mis pensamientos--  
forzosa causa me dan  
de admitir otros intentos,  
como su amor no despido,  
por mucho que lo deseo  
--que vive en el alma asido--  
tiemblo, Isabel, cuando creo  
que otro ha de ser mi marido.

ISABEL: Yo pensé que ya olvidabas

a don Juan, viendo que dabas  
 lugar a otras pretensiones.  
 JACINTA: Causanlo estas ocasiones,  
 Isabel, no te engañabas.  
 Que como ha tanto que está  
 el hábito detenido,  
 y no ha de ser mi marido  
 si no sale, tengo ya  
 este intento por perdido.  
 Y así, para no morirme,  
 quiero hablar y divertirme,  
 pues en vano me atormento;  
 que en un imposible intento  
 no apruebo el morir de firme.  
 Por ventura encontraré  
 alguno que tal merezca,  
 que mano y alma le dé.  
 ISABEL: No dudo que el tiempo ofrezca  
 sujeto digno a tu fe;  
 y, si no me engaño yo,  
 hoy no te desagradó  
 el galán indiano.  
 JACINTA: Amiga,  
 ¿quieres que verdad te diga?  
 Pues muy bien me pareció.  
 Y tanto, que te prometo  
 que si fuera tan discreto,  
 tan gentilhomme y galán  
 el hijo de don Beltrán,  
 tuviera la boda efeto.  
 ISABEL: Esta tarde le verás  
 con su padre por la calle.  
 JACINTA: Veré sólo el rostro y talle;  
 el alma, que importa más,  
 quisiera ver con hablalle.  
 ISABEL: Háblale.  
 JACINTA: Hase de ofender  
 don Juan si llega a sabello,  
 y no quiero, hasta saber  
 que de otro dueño he de ser,  
 determinarme a perdello.  
 ISABEL: Pues da algún medio, y advierte  
 que siglos pasas en vano,  
 y conviene resolverte,  
 que don Juan es, de esta suerte,  
 el perro del hortelano.  
 Sin que lo sepa don Juan  
 podrás hablar, si tú quieres,  
 al hijo de don Beltrán;  
 que, como en su centro, están  
 las trazas en las mujeres.  
 JACINTA: Una pienso que podría  
 en este caso importar.  
 Lucrecia es amiga mía;  
 ella puede hacer llamar  
 de su parte a don García;  
 que, como secreta esté  
 yo con ella en su ventana,  
 este fin conseguiré.  
 ISABEL: Industria tan soberana  
 sólo de tu ingenio fue.

JACINTA:       Pues parte al punto, y mi intento  
                  le di a Lucrecia, Isabel.  
ISABEL:       Sus alas tomaré al viento.  
JACINTA:       La dilación de un momento  
                  le di que es un siglo en él.

**Sale don JUAN, al encuentro**

JUAN:           ¿Puedo hablar a tu señora?  
ISABEL:       Sólo un momento ha de ser,  
                  que de salir a comer  
                  mi señor don Sancho es hora.

**Vase ISABEL**

JUAN:           Ya, Jacinta, que te pierdo,  
                  ya que yo me pierdo, ya...  
JACINTA:       ¿Estás loco?  
JUAN:           ¿Quién podrá  
                  estar con tus cosas cuerdo?  
JACINTA:       Repórtate y habla paso,  
                  que está en la cuadra mi tío.  
JUAN:           Cuando a cenar vas al río,  
                  ¿cómo haces de él poco caso?  
JACINTA:       ¿Qué dices? ¿Estás en ti?  
JUAN:           Cuando para trasnochar  
                  con otro tienes lugar,  
                  ¿tienes tío para mí?  
JACINTA:       ¿Trasnochar con otro? Advierte  
                  que, aunque eso fuese verdad,  
                  era mucha libertad  
                  hablarme a mí de esa suerte;  
                  cuanto más que es desvarío  
                  de tu loca fantasía.  
JUAN:           Ya sé que fue don García  
                  el de la fiesta del río;  
                  ya los fuegos que a tu coche,  
                  Jacinta, la salva hicieron;  
                  ya las antorchas que dieron  
                  sol al soto a media noche;  
                  ya los cuatro aparadores  
                  con vajillas variadas;  
                  las cuatro tiendas pobladas  
                  de instrumentos y cantores.  
                  Todo lo sé; y sé que el día  
                  te halló, enemiga, en el río;  
                  di ahora que "es desvarío  
                  de mi loca fantasía."  
                  Di agora que es libertad  
                  el tratarte de esta suerte,  
                  cuando obligan a ofenderte  
                  mi agravio y tu liviandad.  
JACINTA:       ¡Plega a Dios!...  
JUAN:           Deja invenciones.  
                  Calla, no me digas nada,  
                  que en ofensa averiguada  
                  no sirven satisfacciones.  
                  Ya falsa, ya sé mi daño;  
                  no niegues que te he perdido;  
                  tu mudanza me ha ofendido,  
                  no me ofende el desengaño.

Y aunque niegues lo que oí,  
 lo que vi confesarás;  
 que hoy lo que negando estás  
 en sus mismos ojos vi.

Y su padre, ¿qué quería  
 agora aquí? ¿Qué te dijo?  
 ¿De noche estás con el hijo  
 y con el padre de día?

Yo lo vi; ya mi esperanza  
 en vano engañar dispones;  
 ya sé que tus dilaciones  
 son hijas de tu mudanza.

Mas crüel, ¡vive los cielos,  
 que no has de vivir contenta!  
 Abrásete, pues revienta,  
 este volcán de mis celos.

El que me hace desdichado  
 te pierda, pues yo te pierdo.

JACINTA: ¿Tú eres cuerdo?

JUAN: ¿Cómo cuerdo,  
 amante y desesperado?

JACINTA: Vuelve, escucha; que si vale  
 la verdad, presto verás  
 qué mal informado estás.

JUAN: Voyme, que tu tío sale.

JACINTA: No sale; escucha, que fío  
 satisfacerte.

JUAN: Es en vano,  
 si aquí no me das la mano.

JACINTA: ¿La mano? Sale mi tío.

## FIN DEL PRIMER ACTO

## ACTO SEGUNDO

---

[Sala en casa de don BELTRÁN]

**Salen don GARCÍA, TRISTÁN y CAMINO**

GARCÍA: "La fuerza de una ocasión me hace exceder del  
 orden de mi estado. Sabrála v.m. esta noche por  
 un balcón que le enseñará el portador, con lo  
 demás que no es para escrito, y guarde N. Señor..."

CAMINO: ¿Quién este papel me escribe?

GARCÍA: Doña Lucrecia de Luna.  
 El alma, sin duda alguna,  
 que dentro en mi pecho vive.  
 ¿No es ésta una dama hermosa  
 que hoy, antes de media día,  
 estaba en la Platería?

CAMINO:           Sí, señor.  
GARCÍA:                ¡Suerte dichosa!  
                  Informadme, por mi vida,  
                  de las partes de esta dama.  
CAMINO:           Mucho admiro que su fama  
                  esté de vos escondida.  
                  Porque la habéis visto, dejo  
                  de encarecer que es hermosa;  
                  es discreta y virtuosa;  
                  su padre es viudo y es viejo;  
                  dos mil ducados de renta  
                  los que ha de heredar serán,  
                  bien hechos.  
GARCÍA:                ¿Oyes, Tristán?  
TRISTÁN:           Oigo, y no me descontenta.  
CAMINO:           En cuanto a ser principal,  
                  no hay que hablar; Luna es su padre  
                  y fue Mendoza su madre,  
                  tan finos como un coral.  
                  Doña Lucrecia, en efeto,  
                  merece un rey por marido.  
GARCÍA:           ¡Amor, tus alas te pido  
                  para tan alto sujeto!  
                  ¿Dónde vive?  
CAMINO:                A la Victoria.  
GARCÍA:           Cierto es mi bien. Que seréis,  
                  dice aquí, quien me guiéis  
                  al cielo de tanta gloria.  
CAMINO:           Serviros pienso a los dos.  
GARCÍA:           Y yo lo agradeceré.  
CAMINO:           Esta noche volveré,  
                  en dando las diez, por vos.  
GARCÍA:           Eso le dad por respuesta  
                  a Lucrecia.  
CAMINO:                Adiós quedad.

**Vase CAMINO**

GARCÍA:           ¡Cielos! ¿Qué felicidad,  
                  Amor, qué ventura es ésta?  
                  ¿Ves, Tristán, cómo llamó  
                  la más hermosa el cochero  
                  a Lucrecia, a quien yo quiero?  
                  Que es cierto que quien me habló  
                  es la que el papel me envía.  
TRISTÁN:           Evidente presunción.  
GARCÍA:           Que la otra, ¿qué ocasión  
                  para escribirme tenía?  
TRISTÁN:           Y a todo mal suceder,  
                  presto de duda saldrás,  
                  que esta noche la podrás  
                  en la habla conocer.  
GARCÍA:           Y que no me engañe es cierto,  
                  según dejó en mi sentido  
                  impreso el dulce sonido  
                  de la voz con que me ha muerto.

**Sale un PAGE con un papel; dalo a don GARCÍA**

PAGE:                Éste, señor don García,  
                  es para vos.

GARCÍA: No esté así.  
PAGE: Criado vuestro nació.  
GARCÍA: Cúbrase, por vida mía.

**Lee a solas don GARCÍA**

"Averiguar cierta cosa  
importante a solas quiero  
con vos. A las siete espero  
en San Blas. --Don Juan de Sosa."  
(¡Válgame Dios! Desafío. **Aparte**  
¿Qué causa puede tener  
don Juan, si yo vine ayer  
y él es tan amigo mío?)  
Decid al señor don Juan  
que esto será así.

**Vase el PAGE**

TRISTÁN: Señor,  
mudado estás de color.  
¿Qué ha sido?  
GARCÍA: Nada, Tristán.  
TRISTÁN: No puedo saberlo?  
GARCÍA: No.  
TRISTÁN: Sin duda es cosa pesada.  
GARCÍA: Dame la capa y espada.  
(¿Qué causa le he dado yo?) **Aparte**

**Vase TRISTÁN. Sale don BELTRÁN**

BELTRÁN: ¿García?  
GARCÍA: ¿Señor?  
BELTRÁN: Los dos  
a caballo hemos de andar  
juntos hoy, que he de tratar  
cierto negocio con vos.  
GARCÍA: ¿Mandas otra cosa?  
BELTRÁN: ¿Adónde  
vaya cuando el sol echa fuego?

**Sale TRISTÁN y dale de vestir a don GARCÍA**

GARCÍA: Aquí a los trucos me llego  
de nuestro vecino el conde.  
BELTRÁN: No apruebo que os arrojéis,  
siendo venido de ayer,  
a daros a conocer  
a mil que no conocéis;  
si no es que dos condiciones  
guardéis con mucho cuidado,  
y son: que juguéis contado  
y habléis contadas razones.  
Pues que mi parecer  
es éste, haced vuestro gusto.  
GARCÍA: Seguir tu consejo es justo.  
BELTRÁN: Haced que a vuestro placer  
aderezo se prevenga  
a un caballo para vos.  
GARCÍA: A ordenallo voy.  
BELTRÁN: Adiós.



**Vase don GARCÍA**

BELTRÁN: (¡Que tan sin gusto me tenga lo que su ayo me dijo!) **Aparte**  
¿Has andado con García,  
Tristán?

TRISTÁN: Señor, todo el día.

BELTRÁN: Sin mirar en que es mi hijo,  
si es que el ánimo fiel  
que siempre en tu pecho he hallado  
ahora no te ha faltado,  
me di lo que sientes de él.

TRISTÁN: ¿Qué puedo yo haber sentido  
en un término tan breve?

BELTRÁN: Tu lengua es quien no se atreve,  
que el tiempo bastante ha sido,  
y más a tu entendimiento.  
Dímelo, por vida mía,  
sin lisonja.

TRISTÁN: Don García,  
mi señor, a lo que siento,  
que he de decirte verdad,  
pues que tu vida has jurado...

BELTRÁN: De esa suerte has obligado  
siempre a mí tu voluntad.

TRISTÁN: ...tiene un ingenio excelente,  
con pensamientos sutiles;  
mas caprichos juveniles  
con arrogancia imprudente.  
De Salamanca reboza  
la leche, y tiene en los labios  
los contagiosos resabios  
de aquella caterva moza.  
Aquel hablar arrojado,  
mentir sin recato y modo;  
aquel jactarse de todo  
y hacerse en todo extremado...  
Hoy, en término de un hora,  
echó cinco o seis mentiras.

BELTRÁN: ¡Válgame Dios!

TRISTÁN: ¿Qué te admiras  
pues lo peor falta ahora;  
que son tales, que podrá  
cogerle en ellas cualquiera.

BELTRÁN: ¡Ah, Dios!

TRISTÁN: Yo no te dijera  
lo que tal pena te da  
a no ser de ti forzado.

BELTRÁN: Tu fe conozco y tu amor.

TRISTÁN: A tu prudencia, señor,  
advertir será excusado  
el riesgo que correr puedo  
si esto sabe don García,  
mi señor.

BELTRÁN: De mí confía;  
pierde, Tristán, todo el miedo.  
Manda luego aderezar  
los caballos.

**Vase TRISTÁN**

BELTRÁN:

Santo Dios,  
pues esto permitís vos,  
esto debe de importar.  
¿A un hijo solo, a un consuelo  
que en la tierra le quedó  
a mi vejez triste, dio  
tan gran contrapeso el cielo?  
Ahora bien, siempre tuvieron  
los padres disgustos tales;  
siempre vieron muchos males  
los que mucha edad vivieron.  
¡Paciencia! Hoy he de acabar,  
si puedo, su casamiento.  
Con la brevedad intento  
este daño remediar,  
antes que su liviandad,  
en la corte conocida,  
los casamientos le impida  
que pide su calidad.  
Por dicha, con el cuidado  
que tal estado acarrea,  
de una costumbre tan fea  
se vendrá a haber enmendado.  
Que es vano pensar que son  
el reñir y aconsejar  
bastantes para quitar  
una fuerte inclinación.

**Sale TRISTÁN**

TRISTÁN:

Ya los caballos están,  
viendo que salir procuras,  
probando las herraduras  
en las guijas del zaguán.  
Porque con las esperanzas  
de tan gran fiesta, el overo  
a solas está, primero,  
ensayando sus mudanzas;  
Y el bayo, que ser procura  
émulo al dueño que lleva,  
estudia con alma nueva  
movimiento y compostura.

BELTRÁN:

Avisa, pues, a García.

TRISTÁN:

Ya te espera tan galán,  
que en la corte pensarán  
que a estas horas sale el día.

**Vanse los dos**

[Sala en casa de don Sancho]

**Salen ISABEL y JACINTA**

ISABEL:

La pluma tomó al momento  
Lucrecia, en ejecución  
de tu agudo pensamiento,  
y esta noche en su balcón,  
para tratar cierto intento,  
le escribió que aguardaría,  
para que puedas en él

platicar con don García.  
 Camino llevó el papel;  
 persona de quien se fía.

JACINTA: Mucho Lucrecia me obliga.

ISABEL: Muestra en cualquier ocasión  
 ser tu verdadera amiga.

JACINTA: ¿Es tarde?

ISABEL: Las cinco son.

JACINTA: Aun durmiendo me fatiga  
 la memoria de don Juan,  
 que esta siesta le he soñado  
 celoso de otro galán.

### Miran adentro las dos

ISABEL: ¡Ay, señora! Don Beltrán  
 y el perulero a su lado.

JACINTA: ¿Qué dices?

ISABEL: Digo que aquél  
 que hoy te habló en la Platería  
 viene a caballo con él.  
 Mírale.

JACINTA: ¡Por vida mía  
 que dices verdad, que es él!  
 ¿Hay tal? ¿Cómo el embustero  
 se nos fingió perulero,  
 si es hijo de don Beltrán?

ISABEL: Los que intentan siempre dan  
 gran presunción al dinero,  
 y con ese medio, hallar  
 entrada en tu pecho quiso,  
 que debió de imaginar  
 que aquí le ha de aprovechar  
 más ser Midas que Narciso.

JACINTA: En decir que ha que me vio  
 un año, también mintió,  
 porque don Beltrán me dijo  
 que ayer a Madrid su hijo  
 de Salamanca llegó.

ISABEL: Si bien lo miras, señora,  
 todo verdad puede ser,  
 que entonces te pudo ver,  
 irse de Madrid, y agora,  
 de Salamanca volver.

Y cuando no, ¿qué te admira  
 que, quien a obligar aspira  
 prendas de tanto valor,  
 para acreditar su amor,  
 se valga de una mentira?

Demás que tengo por llano,  
 si no miente mi sospecha,  
 que no lo encarece en vano;  
 que hablarte hoy su padre, es flecha  
 que ha salido de su mano.

No ha sido, señora mía,  
 acaso que el mismo día  
 que él te vio y mostró quererte,  
 venga su padre a ofrecerte  
 por esposo a don García.

JACINTA: Dices bien; mas imagino  
 que el término que pasó

desde que el hijo me habló  
hasta que su padre vino,  
fue muy breve.

ISABEL:                   Él conoció  
                          quién eres; encontraría  
su padre en la Platería;  
hablóle, y él, que no ignora  
tus calidades y adora  
justamente a don García,  
                          vino a tratarlo al momento.  
JACINTA:               Al fin, como fuere, sea.  
De sus partes me contento,  
quiere el padre, él me desea;  
da por hecho el casamiento.

**Vanse las dos**

[Paseo de Atocha]

**Salen don BELTRÁN y don GARCÍA**

BELTRÁN:               ¿Qué os parece?  
GARCÍA:                   Que animal  
                          no vi mejor en mi vida.  
BELTRÁN:               ¡Linda bestia!  
GARCÍA:                   Corregida  
                          de espíritu racional.  
                          ¡Qué contento y bazarría!  
BELTRÁN:               Vuestro hermano don Gabriel,  
                          que perdona Dios, en él  
                          todo su gusto tenía.  
GARCÍA:               Ya que convida, señor,  
                          de Atocha la soledad,  
                          declara tu voluntad.  
BELTRÁN:               Mi pena, diréis mejor.  
  
                          ¿Sois caballero, García?  
GARCÍA:               Téngome por hijo vuestro.  
BELTRÁN:               ¿Y basta ser hijo mío  
                          para ser vos caballero?  
GARCÍA:               Yo pienso, señor, que sí.  
BELTRÁN:               ¡Qué engañado pensamiento!  
                          Sólo consiste en obrar  
                          como caballero al serlo.  
                          ¿Quién dio principio a las casas  
                          nobles? Los ilustres hechos  
                          de sus primeros autores.  
                          Sin mirar su nacimientos,  
                          hazañas de hombres humildes  
                          honraron sus herederos.  
                          Luego en obrar mal o bien  
                          está el ser malo o ser bueno.  
                          ¿Es así?  
GARCÍA:               Que las hazañas  
                          den nobleza, no lo niego;  
                          mas no neguéis que sin ellas  
                          también la da el nacimiento.  
BELTRÁN:               Pues si honor puede ganar  
                          quien nació sin él, ¿no es cierto  
                          que, por el contrario, puede,  
                          quien con él nació, perdello?

GARCÍA: Es verdad.

BELTRÁN: Luego si vos  
obráis afrentosos hechos,  
aunque seáis hijo mío,  
dejáis de ser caballero;  
luego si vuestras costumbres  
os infaman en el pueblo,  
no importan paternas armas,  
no sirven altos abuelos.  
¿Qué cosa es que la fama  
diga a mis oídos mesmos  
que a Salamanca admiraron  
vuestras mentiras y enredos?  
¡Qué caballero y qué nada!  
Si afrenta al noble y plebeyo  
sólo el decirle que miente,  
decid, ¿qué será el hacerlo,  
si vivo sin honra yo,  
según los humanos fueros,  
mientras de aquél que me dijo  
que mentía no me vengo?  
¿Tan larga tenéis la espada,  
tan duro tenéis el pecho,  
que penséis poder vengaros,  
diciéndolo todo el pueblo?  
¿Posible es que tenga un hombre  
tan humildes pensamientos  
que viva sujeto al vicio  
más sin gusto y sin provecho?  
El deleite natural  
tiene a los lascivos presos;  
obliga a los codiciosos  
el poder que da el dinero;  
el gusto de los manjares  
al glotón; el pasatiempo  
y el cebo de la ganancia,  
a los que cursan el juego;  
su venganza, al homicida;  
al robador, su remedio;  
la fama y la presunción,  
al que es por la espada inquieto.  
Todos los gustos, al fin,  
o dan gusto o dan provecho;  
mas de mentir, ¿qué se saca  
sino infamia y menosprecio?

GARCÍA: Quien dice que miento yo,  
ha mentido.

BELTRÁN: También eso  
es mentir, que aun desmentir  
no sabéis sino mintiendo.

GARCÍA: ¡Pues, si dais en no creerme...!

BELTRÁN: ¿No seré necio si creo  
que vos decía verdad solo  
y miente el lugar entero?  
Lo que importa es desmentir  
esta fama con los hechos,  
pensar que éste es otro mundo,  
hablar poco y verdadero;  
mirar que estáis a la vista  
de un rey tan santo y perfeto,  
que vuestros yerros no pueden

hallar disculpa en sus yerros;  
que tratáis aquí con grandes,  
títulos y caballeros,  
que, si os saben la flaqueza,  
o perderán el respeto;  
que tenéis barba en el rostro,  
que al lado ceñís acero,  
que nacistes noble al fin,  
y que yo soy padre vuestro.  
Y no he de deciros más,  
que esta sofrenada espero  
que baste para quien tiene  
calidad y entendimiento.  
Y agora, porque entendáis  
que en vuestro bien me desvelo,  
sabed que os tengo, García,  
tratado un gran casamiento.

GARCÍA:

(¡Ay, mi Lucrecia!)

**Aparte**

BELTRÁN:

Jamás  
pusieron, hijo, los cielos  
tantas, tan divinas partes  
en un humano sujeto,  
como en Jacinta, la hija  
de don Fernando Pacheco,  
de quien mi vejez pretende  
tener regalados nietos.

GARCÍA:

(¡Ay, Lucrecia! Si es posible,  
tú sola has de ser mi dueño).

**Aparte**

BELTRÁN:

¿Qué es esto? ¿No respondéis?

GARCÍA:

(¡Tuyo he de ser, vive el cielo!)

**Aparte**

BELTRÁN:

¿Qué os entristecéis? ¡Hablad!  
No me tengáis más suspenso.

GARCÍA:

Entristézcome porque es  
imposible obedeceros.

BELTRÁN:

¿Por qué?

GARCÍA:

Porque soy casado.

BELTRÁN:

¡Casado! ¡Cielos! ¿Qué es esto?  
¿Cómo, sin saberlo yo?

GARCÍA:

Fue fuerza, y está secreto.

BELTRÁN:

¿Hay padre más desdichado?

GARCÍA:

No os aflijáis, que, en sabiendo  
la causa, señor, tendréis  
por venturoso el efeto.

BELTRÁN:

Acabad, pues, que mi vida  
pende sólo de un cabello.

GARCÍA:

(Agora os he menester,  
sutilezas de mi ingenio).

**Aparte**

En Salamanca, señor,  
hay un caballero noble,  
de quien es la alcuña Herrera  
y don Pedro el propio nombre.  
A éste dio el cielo otro cielo  
por hija, pues, con dos soles  
sus dos purpúreas mejillas  
hacen claros horizontes.  
Abrevio, por ir al caso,  
con decir que cuantas dotes  
pudo dar Naturaleza  
en tierna edad, la componen.  
Mas la enemiga fortuna,

observante en su desorden,  
a sus méritos opuesta,  
de sus bienes la hizo pobre;  
que, demás de que su casa  
no es tan rica como noble,  
al mayorazgo nacieron,  
antes que ella, dos varones.  
A ésta, pues, saliendo al río,  
la vi una tarde en su coche,  
que juzgara el de Faetón  
si fuese Erídano el Tormes.  
No sé quién los atributos  
del fuego en Cupido pone,  
que yo, de un súbito hielo,  
me sentí ocupar entonces.  
¿Qué tienen que ver del fuego  
las inquietudes y ardores  
con quedar absorta un alma,  
con quedar un cuerpo inmóvil?  
Caso fue, verla, forzoso;  
viéndola, cegar de amores;  
pues, abrasado, seguiría,  
júzguelo en pecho de bronce.  
Pasé su calle de día,  
rondé su puerta de noche;  
con terceros y papeles,  
le encarecí mis pasiones;  
hasta que, al fin, condolida  
o enamorada, responde,  
porque también tiene Amor  
jurisdicción en los dioses.  
Fui acrecentando finezas  
y ella aumentando favores,  
hasta ponerme en el cielo  
de su aposento una noche.  
Y, cuando solicitaban  
el fin de mi pena enorme,  
conquistando honestidades,  
mis ardientes pretensiones,  
siento que su padre viene  
a su aposento; llamóle  
porque jamás tan hacía,  
mi fortuna aquella noche.  
Ella, turbada, animosa,  
¡mujer al fin!, a empujones  
mi casi difunto cuerpo  
detrás de su lecho esconde.  
Llegó don Pedro, y su hija,  
fingiendo gusto, abrazóle,  
por negar el rostro en tanto  
que cobraba sus colores.  
Asentáronse los dos,  
y él, con prudentes razones,  
le propuso un casamiento  
con uno de los Monroyes.  
Ella, honesta como cauta,  
de tal suerte le responde,  
que ni a su padre resista,  
ni a mí, que la escucho, enoje.  
Despidiéronse con esto,  
y, cuando ya casi pone

en el umbral de la puerta  
el viejo los pies, entonces...,  
¡Mal hay, amén, el primero  
que fue inventor de relojes!,  
uno que llevaba yo,  
a dar comenzó las doce.  
Oyólo don Pedro, y vuelto  
hacia su hija: "¿De dónde  
vino ese reloj?," le dijo.  
Ella respondió: "Envióle,  
para que se le aderecen,  
mi primo don Diego Ponce,  
por no haber en su lugar  
relojero ni relojes."  
"Dádmele," dijo su padre,  
"porque yo ese cargo tome."  
Pues entonces doña Sancha,  
que éste es de la dama el nombre,  
a quitármele del pecho,  
cauta y prevenida corre,  
antes que llegar él mismo  
a su padre se le antoje.  
Quitémelo yo, y al darle,  
quiso la suerte que toquen  
a una pistola que tengo  
en la mano los cordones.  
Cayó el gatillo, dió fuego;  
al tronido desmayóse  
doña Sancha; alborotado  
el viejo, empezó a dar voces.  
Yo, viendo el cielo en el suelo  
y eclipsados sus dos soles,  
juzgué sin duda por muerta  
la vida de mis acciones,  
pensando que cometieron  
sacrilegio tan enorme,  
del plomo de mi pistola,  
los breves, volantes orbes.  
Con esto, pues, despechado,  
saqué rabioso el estoque;  
fueron pocos para mí,  
en tal ocasión, mi hombres.  
A impedirme la salida,  
como dos bravos leones,  
con sus armas sus hermanos  
y sus criados se oponen;  
mas, aunque fácil por todos  
mi espada y mi fuerza rompen,  
no hay fuerza humana que impida  
fatales disposiciones;  
pues, al salir por la puerta,  
como iba arrimado, asíóme  
la alcayata de la aldaba,  
por los tiros del estoque.  
Aquí, para desasirme,  
fue fuerza que atrás me torne,  
y, entre tanto, mis contrarios,  
muros de espadas me oponen.  
En esto cobró su acuerdo  
Sancha, y para que se estorbe  
el triste fin que prometen



estos sucesos atroces,  
la puerta cerró, animosa,  
del aposento, y dejóme  
a mí con ella encerrado,  
y fuera a mis agresores.  
Arrimamos a la puerta  
baúles, arcas y cofres,  
que al fin son de ardientes iras  
remedio las dilaciones.  
Quisimos hacernos fuertes;  
mas mis contrarios, feroces,  
ya la pared me derriban  
y ya la puerta me rompen.  
Yo, viendo que, aunque dilate,  
no es posible que revoque  
la sentencia de enemigos  
tan agraviadas y nobles,  
viendo a mi lado la hermosa  
de mis desdichas consorte,  
y que hurtaba a sus mejillas  
el temor sus arreboles;  
viendo cuán sin culpa suya  
conmigo Fortuna corre,  
pues con industria deshace  
cuanto los hados disponen,  
por dar premio a sus lealtades,  
por dar fin a sus temores,  
por dar remedio a mi muerte,  
y dar muerte a más pasiones,  
hube de darme a partido,  
y pedirles que conformen  
con la unión de nuestras sangres  
tan sangrientas disenciones.  
Ellos, que ven el peligro  
y mi calidad conocen,  
lo aceptan, después de estar  
un rato entre sí discordes.  
Partió a dar cuenta al obispo  
su padre, y volvió con orden  
de que el desposorio pueda  
hacer cualquier sacerdote.  
Hízose, y en dulce paz  
la mortal guerra trocóse,  
dándote la mejor nuera  
que nació del sur al norte.  
Mas en que tú no lo sepas  
quedamos todos conformes,  
por no ser con gusto tuyo  
y por ser mi esposa pobre;  
pero, ya que fue forzoso  
saberlo, mira se escoges  
por mejor tenerme muerto  
que vivo y con mujer noble.

BELTRÁN:

Las circunstancias del caso  
son tales, que se conoce  
que la fuerza de la suerte  
te destinó esa consorte,  
y así, no te culpo en más  
que en callármelo.

GARCÍA:

Temores  
de darte pesar, señor,

me obligaron.

BELTRÁN: Si es tan noble,  
¿qué importa que pobre sea?  
¡Cuánto es peor que lo ignore,  
para que, habiendo empeñado  
mi palabra, agora torne  
con eso a doña Jacinta!  
¡Mira en qué lance me pones!  
Toma el caballo, y temprano,  
por mi vida, te recoge,  
porque de espacio tratemos  
de tus cosas esta noche.

GARCÍA: Iré a obedecerte al punto  
que toquen las oraciones.

#### **Vase don BELTRÁN**

Dichosamente se ha hecho.  
Persuadido el viejo va.  
Ya del mentir no dirá  
que es sin gusto y sin provecho;  
pues en tan notorio gusto  
el ver que me haya creído,  
y provecho haber huído  
de casarme a mi disgusto.  
¡Bueno fue reñir conmigo  
porque en cuanto digo miento,  
y dar crédito al momento  
a cuantas mentiras digo!  
¡Qué fácil de persuadir  
quien tiene amor suele ser!  
Y ¡qué fácil en creer  
el que no sabe mentir!  
Mas ya me aguarda don Juan.

#### **Dirá hacia adentro**

¡Hola! Llevad el caballo.  
Tan terribles cosas hallo  
que sucediéndome van,  
que pienso que desvarío.  
Vine ayer y, en un momento,  
tengo amor y casamiento  
y causa de desafío.

#### **Sale don JUAN**

JUAN: Como quien sois lo habéis hecho,  
don García.

GARCÍA: ¿Quién podía,  
sabiendo la sangre mía,  
pensar menos de mi pecho?  
Mas vamos, don Juan, al caso  
porque llamado me habéis.  
Decid, ¿qué causa tenéis  
--que por sabella me abraso--  
de hacer este desafío?

JUAN: Esa dama a quien hicisteis,  
conforme vos me dijisteis,  
anoche fiesta en el río,  
es causa de mi tormento,

y es con quien dos años ha  
que, aunque se dilata, está  
tratado mi casamiento.

Vos ha un mes que estáis aquí,  
y de eso, como de estar  
encubierto en el lugar  
todo ese tiempo de mí,

colijo que, habiendo sido  
tan público mi cuidado,  
vos no lo habéis ignorado,  
y así, me habéis ofendido.

Con esto que he dicho, digo  
cuanto tengo que decir,  
y es que, o no habéis de seguir  
el bien que ha tanto que sigo,

o, si acaso os pareciere  
mi petición mal fundada,  
se remita aquí a la espada,  
y la sirve el que venciere.

GARCÍA: Pésame que, sin estar  
del caso bien informado,  
os hayáis determinado  
a sacarme a este lugar.

La dama, don Juan de Sosa,  
de mi fiesta, vive Dios  
que ni la habéis visto vos,  
ni puede ser vuestra esposa;  
que es casada esta mujer,  
y ha tan poco que llegó  
a Madrid, que sólo yo  
sé que la he podido ver.

Y, cuando ésa hubiera sido,  
de no verla más os doy  
palabra, como quien soy,  
o quedar por fementido.

JUAN: Con eso se aseguró  
la sospecha de mi pecho  
y he quedado satisfecho.

GARCÍA: Falta que lo quede yo,  
que haberme desafiado  
no se ha de quedar así;  
libre fue el sacarme aquí,  
mas, habiéndome sacado,  
me obligasteis, y es forzoso,  
puesto que tengo de hacer  
como quien soy, no volver  
sino muerto o victorioso.

JUAN: Pensado, aunque a mis desvelos  
hayáis satisfecho así,  
que aún deja cólera en mí  
le memoria de mis celos.

**Sacan las espadas y acuchíllanse. Sale don FÉLIX**

FÉLIX: Deténganse, caballeros,  
que estoy aquí yo.

GARCÍA: ¡Que venga  
ahora quien me detenga!

FÉLIX: Vestid los fuertes aceros,  
que fue falsa la ocasión  
de esta pendencia.

JUAN: Ya había  
dícholo así don Garcia;  
pero, por la obligación  
en que pone el desafío,  
desnudó el valiente acero.  
FÉLIX: Hizo como caballero  
de tanto valor y brío.  
Y, pues, bien quedado habéis  
con esto, merezca yo  
que, a quien de celoso erró,  
perdón y las manos deis.

**Dense las manos**

GARCÍA: Ello es justo y lo mandáis.  
Mas mirad de aquí adelante,  
en caso tan importante,  
don Juan, cómo os arrojáis.  
Todo lo habéis de intentar  
primero que el desafío,  
que empezar es desvarío  
por donde se ha de acabar.

**Vase don GARCÍA**

FÉLIX: Extraña ventura ha sido  
haber yo a tiempo llegado.  
JUAN: ¿Que en efecto me he engañado?  
JUAN: Sí.  
JUAN: ¿De quién lo habéis sabido?  
FÉLIX: Súpelo de un escudero  
de Lucrecia.  
JUAN: Decid, pues,  
¿cómo fue?  
FÉLIX: La verdad es  
que fue el coche y el cochero  
de doña Jacinta anoche  
al Sotillo, y que tuvieron  
gran fiesta las que en él fueron;  
pero fue prestado el coche.  
Y el caso fue que, a las horas  
que fue a ver Jacinta bella  
a Lucrecia, ya con ella  
estaban las matadoras,  
las dos primas de la quinta.  
JUAN: ¿Las que en el Carmen vivieron?  
FÉLIX: Sí, Pues ellas le pidieron  
el coche a doña Jacinta,  
y en él, con la oscura noche,  
fueron al río las dos.  
Pues vuestro paje, a quien vos  
dejasteis siguiendo el coche,  
como en él dos damas vio  
entrar cuando anochecía,  
y noticia no tenía  
de otra visita, creyó  
ser Jacinta la que entraba  
y Lucrecia.  
JUAN: Justamente.  
FÉLIX: Siguió el coche diligente  
y, cuando en el soto estaba,

entre la música y cena  
lo dejó y volvió a buscaros  
a Madrid, y fue el no hallaros  
ocasión de tanta pena;  
porque, yendo vos allá,  
se deshiciera el engaño.

JUAN: En eso estuvo mi daño.  
Mas tanto gusto me da  
el saber que me engañé,  
que doy por bien empleado  
el disgusto que he pasado.

FÉLIX: Otra cosa averigüé  
que es bien graciosa.

JUAN: Decid.

FÉLIX: Es que el dicho don García  
llegó ayer en aquel día  
de Salamanca a Madrid,  
y en llegando se acostó,  
y durmió la noche toda,  
y fue embeleco la boda  
y festín que nos contó.

JUAN: ¿Qué decís?

FÉLIX: Esto es verdad.

JUAN: ¿Embustero es don García?

FÉLIX: Eso un ciego lo vería;  
porque tanta variedad  
de tiendas, aparadores,  
vajillas de plata y oro,  
tanto plato, tanto coro  
de instrumentos y cantores,  
¿no eran mentira patente?

JUAN: Lo que me tiene dudoso  
es que sea mentiroso  
un hombre que es tan valiente;  
que de su espada el furor  
diera a Alcides pesadumbre.

FÉLIX: Tendrá el mentir por costumbre  
y por herencia el valor.

JUAN: Vamos, que a Jacinta quiero  
pedille, Félix, perdón,  
y decille la ocasión  
con que esforzó este embustero  
mi sospecha.

FÉLIX: Desde aquí  
nada le creo, don Juan.

JUAN: Y sus verdades serán  
ya consejos para mí.

**Vanse los dos**

[La calle]

**Salen TRISTÁN, don GARCÍA y CAMINO, de noche**

GARCÍA: Mi padre me dé perdón,  
que forzado le engaña.

TRISTÁN: ¡Ingeniosa excusa fue!  
Pero, dime: ¿qué invención  
ahora piensas hacer  
con que no sepa que ha sido  
el casamiento fingido?

GARCÍA: Las cartas le he de coger  
que a Salamanca escribiere,  
y, las respuestas fingiendo  
yo mismo, iré entreteniendo  
la ficción cuanto pudiere.

**Salen JACINTA, LUCRECIA e ISABEL a la ventana**

JACINTA: Con esta nueva volvió  
don Beltrán bien descontento,  
cuando ya del casamiento  
estaba contenta yo.

LUCRECIA: ¿Que el hijo de don Beltrán  
es el indiano fingido?

JACINTA: Sí, amiga.

LUCRECIA: ¿A quién has oído  
lo del banquete?

JACINTA: A don Juan.

LUCRECIA: Pues ¿cuándo estuvo contigo?

JACINTA: Al anochecer me vio,  
y en contármelo gastó  
lo que pudo estar conmigo.

LUCRECIA: Grandes sus enredos son.  
¡Buen castigo te merece!

JACINTA: Estos tres hombres parece  
que se acercan al balcón.

LUCRECIA: Vendrá al puesto don García,  
que ya es hora.

JACINTA: Tú, Isabel,  
mientras hablamos con él,  
a nuestros viejos espía.

LUCRECIA: Mi padre está refiriendo  
bien de espacio un cuento largo  
a tu tío.

ISABEL: Yo me encargo  
de avisaros en viniendo.

**Vase ISABEL**

CAMINO: Éste es el balcón adonde  
os espera tanta gloria.

**Vase CAMINO**

LUCRECIA: Tú eres dueño de la historia;  
tú en mi nombre le responde.

GARCÍA: ¿Es Lucrecia?

JACINTA: ¿Es don García?

GARCÍA: Es quien hoy la joya halló  
más preciosa que labró  
el cielo en la Platería.  
Es quien, en llegando a vella,  
tanto estimó su valor,  
que dio, abrasado de amor,  
la vida y alma por ella.  
Soy, al fin, el que se precia  
de ser vuestro, y soy quien hoy  
comienzo a ser, porque soy  
el esclavo de Lucrecia.

**Habla aparte JACINTA a LUCRECIA**

JACINTA: Amiga, este caballero  
para todas tiene amor.  
LUCRECIA: El hombre es embarrador.  
JACINTA: Él es un gran embustero.  
GARCÍA: Ya espero, señora mía,  
lo que me queréis mandar.  
JACINTA: Ya no puede haber lugar  
lo que trataros quería...

**Habla TRISTÁN al oído de don GARCÍA**

TRISTÁN: ¿Es ella?  
GARCÍA: Sí.  
JACINTA: ...que trataros  
un casamiento intenté  
bien importante, y ya sé  
que es imposible casaros.  
GARCÍA: ¿Por qué?  
JACINTA: Porque sois casado.  
GARCÍA: ¿Que yo soy casado?  
JACINTA: Vos.  
GARCÍA: Soltero soy, ¡vive Dios!  
Quien lo ha dicho os ha engañado.

**Aparte JACINTA y LUCRECIA**

JACINTA: ¿Viste mayor embustero?  
LUCRECIA: No sabe sino mentir.  
JACINTA: ¿Tal me queréis persuadir?  
GARCÍA: ¡Vive Dios, que soy soltero!  
JACINTA: ¡Y lo jura!  
LUCRECIA: Siempre ha sido  
costumbre del mentiroso,  
de su crédito dudoso  
jurar para ser creído.  
GARCÍA: Si era vuestra blanca mano  
con la que el cielo quería  
colmar la ventura mía,  
no pierda el bien soberano,  
pudiendo esa falsedad  
probarse tan fácilmente.  
JACINTA: (¡Con qué confianza miente! **Aparte**  
¿No parece que es verdad?  
GARCÍA: La mano os daré, señora,  
y con eso me creeréis.  
JACINTA: Vos sois tal, que la daréis  
a trescientas en una hora.  
GARCÍA: Mal acreditado estoy  
en vos.  
JACINTA: Es justo castigo;  
porque mal puede conmigo  
tener crédito quien hoy  
dijo que era perulero  
siendo en la corte nacido;  
y, siendo de ayer venido,  
afirmó que ha un año entero  
que está en la corte; y habiendo  
esta tarde confesado  
que en Salamanca es casado,  
se está agora desdiciendo;

y quien, pasando en su cama  
 toda la noche, contó  
 que en el río la pasó  
 haciendo fiesta a una dama.

TRISTÁN: (¡Todo se sabe!) **Aparte**  
 GARCÍA: Mi gloria,  
 escuchadme, y os diré  
 verdad pura, que ya sé  
 en qué se yerra la historia.  
 Por las demás cosas paso,  
 que son de poco momento,  
 por tratar del casamiento,  
 que es lo importante del caso.  
 Si vos hubiéredes sido  
 causa de haber yo afirmado,  
 Lucrecia, que soy casado,  
 ¿será culpa haber mentido?

JACINTA: ¿Yo la causa?  
 GARCÍA: Sí, señora.  
 JACINTA: ¿Cómo?  
 GARCÍA: Decíroslo quiero.

**Habla aparte JACINTA a LUCRECIA**

JACINTA: Oye, que hará el embustero  
 lindos enredos agora.

GARCÍA: Mi padre llegó a tratarme  
 de darme otra mujer hoy;  
 pero yo, que vuestro soy,  
 quise con eso excusarme.  
 Que, mientras hacer espero  
 con vuestra mano mis bodas,  
 soy casado para todas,  
 sólo para vos soltero.  
 Y, como vuestro papel  
 llegó esforzando mi intento,  
 al tratarme el casamiento  
 puse impedimento en él.  
 Éste es el caso; mirad  
 si esta mentira os admira,  
 cuando ha dicho esta mentira  
 de mi afición la verdad.

LUCRECIA: (Mas ¿si lo fuese?) **Aparte**  
 JACINTA: (¡Qué buena **Aparte**  
 la trazó, y qué de repente!)  
 Pues ¿cómo tan brevemente  
 os puedo dar tanta pena?  
 ¡Casi aun no visto me habéis  
 y ya os mostráis tan perdido!  
 ¿Aún no me habéis conocido  
 y por mujer me queréis?

GARCÍA: Hoy vi vuestra gran beldad  
 la vez primera, señora;  
 que el amor me obliga agora  
 a deciros la verdad.  
 Mas si la causa es divina,  
 milagro el efeto es,  
 que el dios niño, no con pies,  
 sino con alas camina.  
 Decir que habéis menester  
 tiempo vos para matar,



fuera, Lucrecia, negar  
vuestro divino poder.

Decís que sin conoceros  
estoy perdido. ¡Pluguiera  
a Dios que no os conociera,  
por hacer más en quereros!

Bien os conozco; las partes  
sé bien que os dio la Fortuna,  
que sin eclipse sois luna,  
que sois mudanza sin martes,  
que es difunta vuestra madre,  
que sois sola en vuestra casa,  
que de mil doblones pasa  
la renta de vuestro padre.

Ved, si estoy mal informado.  
¡Ojalá, mi bien, que así  
los estuviérais de mí!

LUCRECIA: (Casi me pone en cuidado).

**Aparte**

JACINTA: ¿Pues Jacinta, ¿no es hermosa?  
¿No es discreta, rica y tal  
que puede el más principal  
desealla por esposa?

GARCÍA: Es discreta, rica y bella;  
mas a mí no me conviene.

JACINTA: Pues, decid, ¿qué falta tiene?

GARCÍA: La mayor, que es no querella.

JACINTA: Pues yo con ella os quería  
casar, que esa sola fue  
la intención con que os llamé.

GARCÍA: Pues sería vana porfía;  
que por haber intentado  
mi padre, don Beltrán, hoy  
lo mismo, he dicho que estoy  
en otra parte casado.

Y si vos, señora mía,  
intentáis hablarme en ello,  
perdonad, que por no hacello  
seré casado en Turquía.

Esto es verdad, ¡vive Dios!,  
porque mi amor es de modo  
que aborrezco aquello todo,  
mi Lucrecia, que no es vos.

LUCRECIA: (¡Ojalá!) **Aparte**

JACINTA: Que me tratáis  
con falsedad tan notoria!  
Decid, ¿no tenéis memoria,  
o vergüenza no tenéis?

¿Cómo, si hoy dijisteis vos  
a Jacinta que la amáis,  
ahora me lo negáis?

GARCÍA: ¿Yo a Jacinta? ¡Vive Dios!,  
que sola con vos he hablado  
desde que entré en el lugar.

JACINTA: Hasta aquí pudo llegar  
el mentir desvergonzado.

Si en lo mismo que yo vi  
os atrevéis a mentirme,  
¿qué verdad podréis decirme?  
Idos con Dios, y de mí

podéis desde aquí pensar  
--si otra vez os diere oído--

que por divertirme ha sido;  
como quien, para quitar  
el enfadoso fastidio  
de los negocios pesados,  
gasta los ratos sobrados  
en las fábulas de Ovidio.

**Vase JACINTA**

GARCÍA: Escuchad, Lucrecia hermosa.  
LUCRECIA: (Confusa quedo).

**Aparte**

**Vase LUCRECIA**

GARCÍA: ¡Estoy loco!  
¿Verdades valen tan poco?  
TRISTÁN: En la boca mentirosa.  
GARCÍA: ¡Que haya dado en no creer  
cuanto digo!  
TRISTÁN: ¿Qué te admiras,  
si en cuatro o cinco mentiras  
te ha acabado de coger?  
De aquí, si lo consideras,  
conocerás claramente  
que, quien en las burlas miente,  
pierde el crédito en las veras.

## FIN DEL SEGUNDO ACTO

## ACTO TERCERO

---

[Sala en casa de don Sancho]

**Salen CAMINO con un papel y LUCRECIA**

CAMINO: Éste me dio para ti  
Tristán, de quien don García  
con justa causa confía,  
lo mismo que tú de mí;  
que, aunque su dicha es tan corta  
que sirve, es muy bien nacido,  
y de suerte ha encarecido  
lo que tu respuesta importa,  
que jura que don García  
está loco.  
LUCRECIA: ¡Cosa extraña!  
¿Es posible que me engaña  
quien de esta suerte porfía?  
El más firme enamorado  
se cansa si no es querido,  
¿y éste puede ser fingido,  
tan constante y desdeñado?

CAMINO: Yo, al menos, si en las señales  
se conoce el corazón,  
ciertos juraré que son,  
por las que he visto, sus males.

Que quien tu calle pasea  
tan constante noche y día,  
quien tu espesa celosía  
tan atento brujulea,  
quien ve que de tu balcón  
cuando él viene, te retiras,  
y ni te ve ni le miras,  
y está firme en tu afición,  
quien llora, quien desespera,  
quien, porque contigo estoy,  
me da dineros --que es hoy  
la señal más verdadera--,  
yo me afirmo en que decir  
que miente es gran desatino.

LUCRECIA: Bien se echa de ver, Camino,  
que no le has visto mentir.  
¡Pluguiera a Dios fuera cierto  
su amor! Que, a decir verdad,  
no tarde en mi voluntad  
hallaran sus ansias puerto.

Que sus encarecimientos,  
aunque no los he creído,  
por lo menos han podido  
despertar mis pensamientos.

Que, dado que es necedad  
dar crédito al mentiroso,  
como el mentir no es forzoso  
y puede decir verdad,

oblígame la esperanza  
y el propio amor a creer  
que conmigo puede hacer  
en sus costumbres mudanza.

Y así --por guardar mi honor,  
si me engaña lisonjero,  
y, si es su amor verdadero,  
porque es digno de mi amor--,  
quiero andar tan advertida  
a los bienes y a los daños  
que ni admita sus engaños  
ni sus verdades despida.

CAMINO: De ese parecer estoy.

LUCRECIA: ¿Pues dirásle que, crúel,  
rompí, sin vello, el papel;  
que esta respuesta le doy.

Y luego, tú, de tu aljaba,  
le di que no desespere,  
y que, si verme quisiere,  
vaya esta tarde a la Octava  
de la Magdalena.

CAMINO: Voy.

LUCRECIA: Mi esperanza fundo en ti.

CAMINO: No se perderá por mí,  
pues ves que Camino soy.

**Vanse los dos**

[Sale en casa de don Beltrán]

Salen don BELTRÁN, don GARCÍA, y TRISTÁN. Don BELTRÁN saca una carta abierta. Dala a don GARCÍA

BELTRÁN: ¿Habéis escrito, García?  
GARCÍA: Esta noche escribiré.  
BELTRÁN: Pues abierta os la daré;  
porque, leyendo la mía,  
conforme a mi parecer  
a vuestro suegro escribáis;  
que determino que vais  
vos en persona a traer  
vuestra esposa, que es razón;  
porque pudiendo traella  
vos mismo, enviar por ella  
fuera poca estimación.  
GARCÍA: Es verdad; mas sin efeto  
será agora mi jornada.  
BELTRÁN: ¿Por qué?  
GARCÍA: Porque está preñada;  
y hasta que un dichoso nieto  
te dé, no es bien arriesgar  
su persona en el camino.  
BELTRÁN: ¡Jesús! Fuera desatino  
estando así caminar.  
Mas dime; ¿cómo hasta aquí  
no me lo has dicho, García?  
GARCÍA: Porque yo no lo sabía;  
y en la que ayer recibí  
de doña Sancha, me dice  
que es cierto el preñado ya.  
BELTRÁN: Si un nieto varón me da  
hará mi vejez felice.  
Muestra; que añadir es bien

**Tómale la carta que le había dado**

cuánto con esto me alegro.  
Mas di, ¿cuál es de tu suegro  
el propio nombre?  
GARCÍA: ¿De quién?  
BELTRÁN: De tu suegro.  
GARCÍA: (Aquí me pierdo). **Aparte**  
Don Diego.  
BELTRÁN: O yo me he engañado,  
o otras veces le has nombrado  
don Pedro.  
GARCÍA: También me acuerdo  
de eso mismo; pero son  
suyos ambos nombres.  
BELTRÁN: ¿Diego y Pedro?  
GARCÍA: No te asombres;  
que, por una condición,  
"don Diego" se ha de llamar  
de su casa el sucesor.  
Llamábase mi señor  
"don Pedro" antes de heredar;  
y como se puso luego  
"don Diego" porque heredó,  
después acá se llamó

BELTRÁN: ya "don Pedro," ya "don Diego."  
No es nueva esa condición  
en muchas casas de España.  
A escribirle voy.

**Vase don BELTRÁN**

TRISTÁN: Extraña  
fue esta vez tu confusión.  
GARCÍA: ¿Has entrado en la historia?  
TRISTÁN: Y hubo bien en qué entender.  
El que mienta ha menester  
gran ingenio y gran memoria.  
GARCÍA: Perdido me vi.  
TRISTÁN: Y en eso  
pararás al fin, señor.  
GARCÍA: entre tanto, de mi amor  
veré el bueno o mal suceso.  
¿Qué hay de Lucrecia?  
TRISTÁN: Imagino,  
aunque de dura se precia,  
que has de vencer a Lucrecia  
sin la fuerza de Tarquino.  
GARCÍA: ¿Recibió el billete?  
TRISTÁN: Sí;  
aunque a Camino mandó  
que diga que lo rompió,  
que él lo ha fiado de mí.  
Y, pues lo admitió, no mal  
se negocia tu deseo;  
si aquel epigrama creo  
que a Nevia escribió Marcial:  
"Escribí; no respondió  
Nevia. Luego dura está;  
mas ella se ablandará,  
pues lo que escribí leyó."  
GARCÍA: Que dice verdad sospecho.  
TRISTÁN: Camino está de tu parte,  
y promete revelarte  
los secretos de su pecho;  
y que ha de cumplillo espero  
si andas tú cumplido en dar,  
que para hacer confesar  
no hay cordel como el dinero.  
Y aun fuera bueno, señor,  
que conquistaras tu ingrata  
con dádivas, pues que mata  
con flechas de oro el Amor.  
GARCÍA: Nunca te he visto grosero,  
sino aquí, en tus pareceres.  
¿Es ésta de las mujeres  
que se rinden por dinero?  
TRISTÁN: Virgilio dice que Dido  
fue del troyano abrasada,  
de sus dones obligada  
tanto como de Cupido.  
¡Y era reina! No te espantes  
de mis pareceres rudos,  
que escudos vencen escudos,  
diamantes labran diamantes.  
GARCÍA: ¿No viste que la ofendió

TRISTÁN: mi oferta en la Platería?  
 Tu oferta la ofendería,  
 señor, que tus joyas no.  
 Por el uso te gobierna;  
 que a nadie en este lugar  
 por desvergonzado en dar  
 le quebraron brazo o pierna.  
 GARCÍA: Dame tú que ella lo quiera,  
 que darle un mundo imagino.  
 TRISTÁN: Camino dará camino,  
 que es el polo de esta esfera.  
 Y porque sepas que está  
 en buen estado tu amor,  
 ella le mandó, señor,  
 que te dijese que hoy va  
 Lucrecia a la Magdalena  
 a la fiesta de la Octava,  
 como que él te lo avisaba.  
 GARCÍA: ¡Dulce alivio de mi pena!  
 ¿Con ese espacio me das  
 nuevas que me vuelven loco?  
 TRISTÁN: Dóytelas tan poco a poco  
 porque dure el gusto más.

**Vanse los dos**

[Claustro del convento de la Magdalena, con puerta a la iglesia]

**Salen JACINTA y LUCRECIA, con mantos**

JACINTA: ¿Qué? ¿Prosigue don García?  
 LUCRECIA: De modo que, son saber  
 su engañoso proceder,  
 como tan firme porfía,  
 casi me tiene dudosa.  
 JACINTA: Quizá no eres engañada,  
 que la verdad no es vedada  
 a la boca mentirosa.  
 Quizá es verdad que te quiere,  
 y más donde tu beldad  
 asegura esa verdad  
 en cualquiera que te viere.  
 LUCRECIA: Siempre tú me favoreces;  
 mas yo lo creyera así  
 a no haberte visto a ti  
 que al mismo sol oscureces.  
 JACINTA: Bien sabes tú lo que vales,  
 y que en esta competencia  
 nunca ha salido sentencia  
 por tener votos iguales.  
 Y no es sola la hermosura  
 quien causa amoroso ardor,  
 que también tiene el amor  
 su pedazo de ventura.  
 Yo me holgaré que por ti,  
 amiga, me haya trocado,  
 y que tú hayas alcanzado  
 lo que yo no merecí;  
 porque ni tú tienes culpa  
 ni él me tiene obligación.

Pero ve con prevención,  
que no te queda disculpa  
si te arrojas en amar  
y al fin quedas engañada  
de quien estás ya avisada  
que sólo sabe engañar.

LUCRECIA: Gracias, Jacinta, te doy;  
mas tu sospecha corrige,  
que estoy por creerle dije,  
no que por quererle estoy.

JACINTA: Obligaráte el creer  
y querrás, siendo obligada,  
y, así, es corta la jornada  
que hay de creer a querer.

LUCRECIA: Pues ¿qué dirás si supieres  
que un papel he recibido?

JACINTA: Diré que ya le has creído,  
y aun diré que ya le quieres.

LUCRECIA: Erraráste; y considera  
que tal vez la voluntad  
hace por curiosidad  
lo que por amor no hiciera.  
¿Tú no le hablaste gustosa  
en la Platería?

JACINTA: Sí.

LUCRECIA: ¿Y fuiste, en oírle allí,  
enamorada o curiosa?

JACINTA: Curiosa.

LUCRECIA: Pues yo con él  
curiosa también he sido,  
como tú en haberle oído,  
en recibir su papel.

JACINTA: Notorio verás tu error  
si adviertes que es el oír  
cortesía, y admitir  
su papel claro favor.

LUCRECIA: Eso fuera a saber él  
que su papel recibí;  
mas él piensa que rompí,  
sin leello, su papel.

JACINTA: Pues, con eso, es cierta cosa  
que curiosidad ha sido.

LUCRECIA: En mi vida me ha valido  
tanto gusto el ser curiosa.

Y porque su falsedad  
conozcas, escucha y mira  
si es mentira la mentira  
que más parece verdad.

**Saca un papel y ábrele, y lee en secreto. Salen  
CAMINO, GARCÍA y TRISTÁN por otra parte**

CAMINO: ¿Veis la que tiene en la mano  
un papel?

GARCÍA: Sí.

CAMINO: Pues aquella  
es Lucrecia.

GARCÍA: (¡Oh, causa bella  
de dolor tan inhumano!  
Ya me abraso de celoso).

**Aparte**

¡Oh, Camino, cuánto os debo!

**A CAMINO**

TRISTÁN: Mañana os vestís de nuevo.  
CAMINO: Por vos he de ser dichoso.

**Vase CAMINO**

GARCÍA: Llegarme, Tristán, pretendo  
adonde, sin que me vea,  
se posible fuera, lea  
el papel que está leyendo.  
TRISTÁN: No es difícil; que si vas  
a esta capilla arrimado,  
saliendo por aquel lado,  
de espaldas la cogerá.  
GARCÍA: Bien dices. Ven por aquí.

**Vanse los dos**

JACINTA: Lee bajo, que darás  
mal ejemplo.  
LUCRECIA: No me oirás.  
Toma y lee para ti.

**Le da el papel a JACINTA**

JACINTA: Ése es mejor parecer.

**Salen TRISTÁN y GARCÍA por otra puerta; cogen de espaldas a las mujeres**

TRISTÁN: Bien a fin se consiguió.  
GARCÍA: Tú, si ves mejor que yo,  
procura, Tristán leer.

**Lee**

JACINTA: "Ya que mal crédito cobras  
de mis palabras sentidas,  
dime si serán creídas,  
pues nunca mienten, las obras.  
Que si consiste el creerme,  
señora, en ser tu marido,  
y ha de dar el ser creído  
material al favorecerme,  
por éste, Lucrecia mía,  
que de mi mano te doy  
firmado, digo que soy  
ya tu esposo don García."

**Hablan aparte GARCÍA y TRISTÁN**

GARCÍA: ¡Vive Dios, que es mi papel!  
TRISTÁN: Pues ¿qué? ¿No lo vio en su casa?  
GARCÍA: Por ventura lo repasa,  
regalándose con él.  
TRISTÁN: Comoquiera te está bien.  
GARCÍA: Comoquiera soy dichoso.



JACINTA: Él es breve y compendioso;  
o bien siente o miente bien.  
GARCÍA: Volved los ojos, señora,  
cuyos rayos no resisto.

**Tápanse LUCRECIA y JACINTA y hablan aparte**

JACINTA: Cúbrete, pues no te ha visto,  
y desengaña te agora.  
LUCRECIA: Disimula y no me nombres.  
GARCÍA: Corred los delgados velos  
a ese asombro de los cielos,  
a ese cielo de los hombres.  
¿Posible es que os llevo a ver,  
homicida de mi vida?  
Mas, como sois mi homicida,  
en la iglesia hubo de ser.  
Si os obliga a retraer  
mi muerte, no hayáis temor,  
que de las leyes de amor  
es tan grande el desconcierto,  
que dejan preso al que es muerto  
y libre al que es matador.  
Ya espero que de mi pena  
estás, mi bien, condolida,  
si el estar arrepentida  
os trajo a la Magdalena.  
Ved cómo el amor ordena  
recompensa al mal que siento,  
pues si yo llevé el tormento  
de vuestra crueldad, señora,  
la gloria me llevo agora,  
de vuestro arrepentimiento.  
¿No me habláis, dueño querido?  
¿No os obliga el mal que paso?  
¿Arrepentísos acaso  
de haberos arrepentido?  
Que advertáis, señora, os pido,  
que otra vez me mataréis.  
Si porque en la iglesia os veis,  
probáis en mí los aceros,  
mirad que no ha de valeros  
si en ella el delito hacéis.  
JACINTA: ¿Conocéisme?  
GARCÍA: ¡Y bien, por Dios!  
Tanto, que desde aquel día  
que os hablé en la Platería,  
no me conozco por vos;  
de suerte que, de los dos,  
vivo más en vos que en mí;  
que tanto, desde que os vi,  
en vos transformado estoy,  
que ni conozco el que soy  
ni me acuerdo del que fui.  
JACINTA: Bien se echa de ver que estáis  
del que fuisteis olvidado,  
pues sin ver que sois casado,  
nuevo amor solicitáis.  
GARCÍA: ¡Yo casado! ¿En eso dais?  
JACINTA: ¿Pues no?  
GARCÍA: ¡Qué vana porfía!

Fue, por Dios, invención mía,  
por ser vuestro.

JACINTA: O por no sello;  
y si os vuelven a hablar de ello,  
seréis casado en Turquía.

GARCÍA: Y vuelvo a jurar, por Dios,  
que en este amoroso estado,  
para todas soy casado  
y soltero para vos.

**Aparte a LUCRECIA**

JACINTA: ¿Ves tu desengaño?  
LUCRECIA: (¡Ah, cielos! **Aparte**  
¿Apenas una centella  
siento de amor, y ya de ella  
nacen volcanes de celos?

GARCÍA: Aquella noche, señora,  
que en el balcón os hablé,  
¿todo el caso no os conté?

JACINTA: ¿A mí en balcón?  
LUCRECIA: (¡Ah, traidora!) **Aparte**  
JACINTA: Advertid que os engañáis.  
¿Vos me hablasteis?

GARCÍA: ¡Bien, por Dios!  
LUCRECIA: (¿Habláisle de noche vos, **Aparte**  
y a mí consejos me dais?)

GARCÍA: Y el papel que recibisteis,  
¿negaréislo?

JACINTA: ¿Yo, papel?  
LUCRECIA: (¡Ved qué amiga tan fiel!) **Aparte**  
GARCÍA: Y sé que lo leísteis.

JACINTA: Pasar por donaire puede,  
cuando no daña, el mentir;  
mas no se puede sufrir  
cuando ese límite excede.

GARCÍA: ¿No os hablé en vuestro balcón,  
Lucrecia, tres noches ha?

JACINTA: (¿Yo Lucrecia? Bueno va; **Aparte**  
toro nuevo, otra invención.  
A Lucrecia ha conocido,  
y es muy cierto el adoralla,  
pues finge, por no enojalla,  
que por ella me ha tenido).

LUCRECIA: (Todo lo entiendo. ¡Ah Traidora! **Aparte**  
Sin duda que le avisó  
que la tapada fui yo,  
y quiere enmendallo agora  
con fingir que fue el tenella,  
por mí, la causa de hablalla).

**A don GARCÍA**

TRISTÁN: Negar debe de importalla,  
por la que está junto de ella,  
ser Lucrecia.

GARCÍA: Así lo entiendo,  
que si por mí lo negara,  
encubriera ya la cara.  
Pero, no se conociendo,  
¿se hablarán las dos?

TRISTÁN: Por puntos  
suele en las iglesias verse  
que parlan, sin conocerse,  
los que aciertan a estar juntos.

GARCÍA: Dices bien.

TRISTÁN: Fingiendo agora  
que se engañaron tus ojos,  
lo enmendarás.

GARCÍA: Los antojos  
de un ardiente amor, señora,  
me tienen tan deslumbrado,  
que por otra os he tenido.  
Perdonad, que yerro ha sido  
de esa cortina causado.  
Que, como a la fantasía  
fácil engaña el deseo,  
cualquiera dama que veo  
se me figura la mía.

JACINTA: (Entendíle la intención). **Aparte**

LUCRECIA: (Avisóle la taimada). **Aparte**

JACINTA: Según eso, la adorada  
es Lucrecia.

GARCÍA: El corazón,  
desde el punto que la vi,  
la hizo dueña de mi fe.

#### A LUCRECIA

JACINTA: ¡Bueno es esto!

LUCRECIA: (¡Que ésta esté  
haciendo burla de mí!  
No me doy por entendida,  
por no hacer aquí un exceso).

JACINTA: Pues yo pienso que, a estar de eso  
cierta, os fuera agradecida  
Lucrecia.

GARCÍA: ¿Tratáis con ella?

JACINTA: Trato, y es amiga mía;  
tanto, que me atrevería  
a afirmar que en mí y en ella  
vive sólo un corazón.

GARCÍA: (¡Si eres tú, bien claro está!  
¡Qué bien a entender me da  
su recato y su intención!) **Aparte**  
Pues ya que mi dicha ordena  
tan buena ocasión, señora,  
pues sois ángel, sed agora  
mensajera de mi pena.  
Mi firmeza le decid,  
y perdonadme si os doy  
este oficio.

TRISTÁN: (Oficio es hoy **Aparte**  
de las mozas en Madrid).

GARCÍA: Persuadidle que a tan grande  
amor ingrata no sea.

JACINTA: Hacedle vos que lo crea,  
que yo la haré que se ablanda.

GARCÍA: ¿Por qué no creerá que muero,  
pues he visto su beldad?

JACINTA: Porque si os digo verdad  
no os tiene por verdadero.

GARCÍA:           ¡Ésta es verdad, vive Dios!  
JACINTA:       Hacedle vos que lo crea.  
                  ¿Qué importa que verdad sea,  
                  si el que la dice sois vos?  
                  Que la boca mentirosa  
                  incurre en tan torpe mengua,  
                  que, solamente en su lengua  
                  es la verdad sospechosa.  
GARCÍA:       Señora...  
JACINTA:       Basta; mirad  
                  que dais nota.  
GARCÍA:       Yo obedezco.

#### A LUCRECIA

JACINTA:       ¿Vas contenta?  
LUCRECIA:      Yo agradezco,  
                  Jacinta, tu voluntad.

#### Vanse las dos

GARCÍA:        ¿No ha estado aguda Lucrecia?  
                  ¿Con qué astucia dio a entender  
                  que le importaba no se  
                  Lucrecia!  
TRISTÁN:       A fe que no es necia.  
GARCÍA:        Sin duda que no quería  
                  que la conociese aquella  
                  que estaba hablando con ella.  
TRISTÁN:       Claro está que no podía  
                  obligalla otra ocasión  
                  a negar cosa tan clara,  
                  porque a ti no te negara  
                  que te habló por su balcón,  
                  pues ella misma tocó  
                  los puntos de que tratasteis  
                  cuando por él os hablasteis.  
GARCÍA:        En eso bien mi mostró  
                  que de mí no se encubría.  
TRISTÁN:       Y por eso dijo aquello:  
                  "Y si os vuelven a hablar de ello,  
                  seréis casado en Turquía."  
                  Y esta conjetura abona  
                  más claramente el negar  
                  que era Lucrecia y tratar  
                  luego en tercera persona  
                  de sus propios pensamientos,  
                  diciéndote que sabía  
                  que Lucrecia pagaría  
                  tus amorosos intentos,  
                  con que tú hicieses, señor,  
                  que los llegase a creer.  
GARCÍA:        ¡Ay, Tristán! ¿Qué puedo hacer  
                  para acreditar mi amor?  
TRISTÁN:        ¿Tú quieres casarte?  
GARCÍA:        Sí.  
TRISTÁN:        Pues pídelas.  
GARCÍA:        ¿Y si resiste?  
TRISTÁN:        Parece que no le oíste  
                  lo que dijo agora aquí:  
                  "Hacedla vos que lo crea,

que yo la haré que se ablande."  
¿Qué indicio quieres más grande  
de que ser tuya desea?

Quien tus papeles recibe,  
quien te habla en sus ventanas,  
muestras ha dado bien llanas  
de la afición con que vive.

El pensar que eres casado  
la refrena solamente,  
y queda ese inconveniente  
con casarte remediado;

pues es el mismo casarte,  
siendo tan gran caballero,  
información de soltero.

Y, cuando quiera obligarte  
a que des información,  
por el temor con que va  
de tus engaños, no está  
Salamanca en el Japón.

GARCÍA:           Sí está para quien desea,  
que son ya siglos en mí  
los instantes.

TRISTÁN:           Pues aquí,  
¿No habrá quien testigo sea?

GARCÍA:           Puede ser.

TRISTÁN:           Es fácil cosa.

GARCÍA:           Al punto lo buscaré.

TRISTÁN:           Uno, yo te lo daré.

GARCÍA:           ¿Y quién es?

TRISTÁN:           Don Juan de Sosa.

GARCÍA:           ¿Quién?   ¿Don Juan de Sosa!

TRISTÁN:           Sí.

GARCÍA:           Bien lo sabe.

TRISTÁN:           Desde el día  
que te habló en la Platería  
no le he visto, ni él a ti.

Y, aunque siempre he deseado  
saber qué pesar te dio  
el papel que te escribió,  
nunca te lo he preguntado,  
viendo que entonces, severo  
negaste y descolorido;  
mas ahora, que he venido  
tan a propósito, quiero  
pensar que puedo, señor,  
pues secretario me has hecho  
del archivo de tu pecho,  
y se pasó aquel furor.

GARCÍA:           Yo te lo quiero contar,  
que, pues sé por experiencia  
tu secreto y tu prudencia,  
bien te lo puedo fiar.

A las siete de la tarde  
me escribió que me aguardaba  
en San Blas don Juan de Sosa  
para un caso de importancia.  
Callé, por ser desafío,  
que quiere, el que no lo calla,  
que le estorben o le ayuden,  
cobardes acciones ambas.

Llegué al aplazado sitio,  
donde don Juan me aguardaba  
con su espada y con sus celos,  
que son armas de ventaja.  
Su sentimiento propuso,  
satisface a su demanda,  
y, por quedar bien, al fin,  
desnudamos las espadas.  
Elegí mi medio al punto,  
y, haciéndole una ganancia  
por los grados del perfil,  
le di una fuerte estocada.  
Sagrada fue de su vida  
un Agnus Dei que llevaba,  
que, topando en él la punta,  
hizo dos partes mi espada.  
Él sacó pies del gran golpe;  
pero, con ardiente rabia,  
vino, tirando una punta;  
mas yo, por la parte flaca,  
cogí su espada, formando  
un atajo. Él presto saca  
--como la respiración  
tan corta línea le tapa,  
por faltarle los dos tercios  
a mi poco fiel espada--  
la suya, corriendo filos,  
y, como cerca me halla  
--porque yo busqué el estrecho  
por la alta de mis armas--  
a la cabeza, furioso,  
me tiró una cuchillada.  
Recibíla en el principio  
de su formación, y baja,  
matándole el movimiento  
sobre la suya mi espada.  
¡Aquí fue Troya! Saqué  
un revés con tal pujanza,  
que la falta de mi acero  
hizo allí muy poca falta;  
que, abriéndole en la cabeza  
un palmo de cuchillada,  
vino sin sentido al suelo,  
y aun sospecho que sin alma.  
Dejéle así y con secreto  
me vine. Esto es lo que pasa,  
y de no verle estos días,  
Tristán, es ésta la causa.

TRISTÁN: ¡Qué suceso tan extraño!  
¿Y si murió?

GARCÍA: Cosa es clara,  
porque hasta los mismos sesos  
esparció por la campaña.

TRISTÁN: ¡Pobre don Juan...! Mas, ¿no es éste  
que viene aquí?

**Salen don JUAN y don BELTRÁN por otra parte**

GARCÍA: ¡Cosa extraña!

TRISTÁN: ¿También a mí me la pegas?  
¿Al secretario del alma?

(¡Por Dios, que se le creí,      **Aparte**  
con conocelle las mañas!  
Mas ¿a quién no engañarán  
mentiras tan bien trobadas?)

GARCÍA: Sin duda que le han curado  
por ensalmo.

TRISTÁN:                      Cuchillada  
que rompió lo mismos sesos,  
¿en tan breve tiempo sana?

GARCÍA: ¿Es mucho? Ensalmo sé yo  
con que un hombre, en Salamanca,  
a quien cortaron a cercen  
un brazo con media espalda,  
volviéndosela a pegar,  
en menos de una semana  
quedó tan sano y tan bueno  
como primero.

TRISTÁN:                      ¡Ya escampa!

GARCÍA: Esto no me lo contaron;  
yo lo vi mismo.

TRISTÁN:                      Eso basta.

GARCÍA: ¡De la verdad, por la vida,  
no quitaré una palabra!

TRISTÁN: (¡Que ninguno se conozca!)      **Aparte**  
Señor, mis servicios paga  
con enseñarme ese salmo.

GARCÍA: Está en dicciones hebraicas,  
y, si no sabes la lengua,  
no has de saber pronunciarlas.

TRISTÁN: Y tú, ¿sábesla?

GARCÍA:                      ¡Qué bueno!  
Mejor que la castellana.  
Hablo diez lenguas.

TRISTÁN:                      (Y todas                      **Aparte**  
para mentir no te bastan.  
"Cuerpo de verdades lleno"  
con razón el tuyo llaman,  
pues ninguna sale de él  
ni hay mentira que no salga).

**Hablan aparte don BELTRÁN y don JUAN**

BELTRÁN: ¿Qué decís?

JUAN:                      Esto es verdad.  
Ni caballero ni dama  
tiene, si mal no me acuerdo,  
de esos nombres Salamanca.

BELTRÁN: (Sin duda que fue invención      **Aparte**  
de García, cosa es clara.  
Disimular me conviene).  
Gocéis por edades largas,  
con una rica encomienda,  
de la cruz de Calatrava.

JUAN: Creed que siempre he de ser  
más vuestro cuando más valga.  
Y perdonadme, que ahora,  
por andar dando las gracias  
a esos señores, no os voy  
sirviendo hasta vuestra casa.

**Vase don JUAN**

BELTRÁN: (¡Válgame Dios! ¿Es posible **Aparte**  
que a mí no me perdonaran  
las costumbres de este mozo?  
¿Que aun a mí en mis propias canas,  
me mintiese, al mismo tiempo  
que riñéndoselo estaba?  
¿Y que le creyese yo,  
en cosa tan de importancia,  
tan presto, habiendo ya oído  
de sus engaños la fama?  
Mas ¿quién creyera que a mí  
me mintiera, cuando estaba  
reprehendiéndole eso mismo?  
Y ¿qué juez se recelara  
que el mismo ladrón le robe,  
de cuyo castigo trata?

TRISTÁN: ¿Determinaste a llegar?  
GARCÍA: Sí, Tristán.  
TRISTÁN: Pues Dios te valga.  
GARCÍA: Padre...  
BELTRÁN: ¡No me llames padre,  
vil! Enemigo me llama,  
que no tiene sangre mía  
quien no me parece en nada.  
Quítate de ante mis ojos,  
que, por Dios, si no mirara...  
TRISTÁN: ¡El mar está por el cielo;  
mejor ocasión aguarda!

BELTRÁN: ¡Cielos! ¿Qué castigo es éste?  
¿Es posible que a quien ama  
la verdad como yo, un hijo  
de condición tan contraria  
le diésedes? ¿Es posible  
que quien tanto su honor guarda  
como yo, engendrarse un hijo  
de inclinaciones tan bajas,  
y a Gabriel, que honor y vida  
daba a mi sangre y mis canas,  
llevásedes tan en flor?  
Cosas son que, a no mirarlas  
como cristiano...

GARCÍA: (¿Qué es esto?) **Aparte**  
TRISTÁN: Quítate de aquí! ¿Qué aguardas?  
BELTRÁN: Déjanos solos, Tristán.  
Pero vuelve, no te vayas;  
por ventura, la vergüenza  
de que sepas tú su infamia  
podrá en él lo que no pudo  
el respeto de mis canas.  
Y, cuando ni esta vergüenza  
le obligue a enmendar sus faltas,  
servirále, por lo menos  
de castigo el publicallas.  
Di, liviano, ¿qué fin llevas?  
Loco, di, ¿qué gusto sacas  
de mentir tan sin recato?  
Y, cuando con todos vayas  
tras tu inclinación, ¿conmigo  
siquiera no te enfrenaras?  
¿Con qué intento el matrimonio



fingiste de Salamanca,  
para quitarles también  
el crédito a mis palabras?  
¿Con qué cara hablaré yo  
a los que dije que estabas  
con doña Sancha de Herrera  
desposado? ¿Con qué cara,  
cuando, sabiendo que fue  
fingida esta doña Sancha,  
por cómplices del embuste,  
infamen mis nobles canas?  
¿Qué medio tomaré yo  
que saque bien esta mancha,  
pues, a mejor negociar,  
si de mí quiero quitarla,  
he de ponerla en mi hijo,  
y, diciendo que la causa  
fuiste tú, he de ser yo mismo  
pregonero de tu infamia?  
Si algún cuidado amoroso  
te obligó a que me engañaras,  
¿qué enemigo te oprimía?  
¿Qué puñal te amenazaba,  
sino un padre, padre al fin?  
Que este nombre solo basta  
para saber de qué modo  
le enternecieron tus ansias.  
¡Un viejo que fue mancebo,  
y sabe bien la pujanza  
con que en pechos juveniles  
prenden amorosas llamas!

GARCÍA:

Pues si lo sabes, y entonces  
para excusarme bastara,  
para que mi error perdones  
ahora, padre, me valga.  
Parecerme que sería  
respetar poco tus canas  
no obedecerte, pudiendo,  
me obligó a que te engañara.  
Error fue, no fue delito;  
no fue culpa, fue ignorancia;  
la causa, amor; tú, mi padre.  
¡Pues tú dices que esto basta!  
Y ya que el daño supiste,  
escucha la hermosa causa,  
porque el mismo dañador  
el daño te satisfaga.  
Doña Lucrecia, la hija  
de don Juan de Luna, es alma  
de esta vida, es principal  
y heredera de su casa;  
y, para hacerme dichoso  
con su hermosa mano, falta  
sólo que tú lo consientas  
y declares que la fama  
de ser yo casado tuvo  
ese principio, y es falsa.

BELTRÁN:

No, no. ¡Jesús! ¡Calla! ¿En otra  
habías de meterme? Basta.  
Ya, si dices que ésta es luz,  
he de pensar que me engañas.

GARCÍA: No, señor; lo que a las obras  
se remite, es verdad clara,  
y Tristán, de quien te fías,  
es testigo de mis ansias.  
Dile, Tristán.

TRISTÁN: Sí, señor;  
lo que dice es lo que pasa.

BELTRÁN: ¿No te corres de esto? Di.  
¿No te avergüenza que hayas  
menester que tu criado  
acredite lo que hablas?  
Ahora bien; yo quiero hablar  
a don Juan, y el cielo haga  
que te dé a Lucrecia, que eres  
tal, que es ella la engañada.  
Mas primero he de informarme  
en esto de Salamanca,  
que ya temo que, en decirme  
que me engañaste, me engañas.  
Que, aunque la verdad sabía  
antes que hablarte llegara,  
la has hecho ya sospechosa  
tú, con sólo confesarla.

**Vase don BELTRÁN**

GARCÍA: ¡Bien se ha hecho!

TRISTÁN: ¡Y cómo bien!  
que yo pensé que hoy probabas  
en ti aquel psalmo hebreo  
que brazos cortados sana.

**Vanse los dos.**

[Sala con vistas a un jardín, en casa de don JUAN de Luna]

**Salen don JUAN, viejo, y don SANCHO**

JUAN: Parece que la noche ha refrescado.

SANCHO: Señor don Juan de Luna, para el río,  
éste es fresco, en mi edad, demasiado.

JUAN: Mejor será que en ese jardín mío  
se nos ponga la mesa, y que gocemos  
la cena con sazón, templado el frío.

SANCHO: Discreto parecer. Noche tendremos  
que dar a Manzanares más templada,  
que ofenden la salud estos extremos.

**Hacia adentro**

JUAN: Gozad de vuestra hermosa convidada  
por esta noche en el jardín, Lucrecia.

SANCHA: Veáisla, quiera Dios, bien empleada,  
que es un ángel.

JUAN: Demás de que no es necia,  
y ser, cual veis, don Sancho, tan hermosa,  
menos que la virtud la vida precia.

**Sale un CRIADO**

CRIADO: Preguntando por vos, don Juan de Sosa

a la puerta llegó y pide licencia.  
SANCHO: ¿A tal hora?  
JUAN: Será ocasión forzosa.  
SANCHO: Entre el señor don Juan.

**Vase el CRIADO. Sale don JUAN, galán, con un papel**

JUAN de S: A esa presencia,  
sin el papel que veis, nunca llegara;  
mas ya con él, faltaba la paciencia,  
que no quiso el amor que dilatara  
la nueva un punto, si alcanzar la gloria  
consiste en eso, de mi prenda cara.  
Ya el hábito salió; si en la memoria  
la palabra tenéis que me habéis dado,  
colmaréis, con cumplirla, mi victoria.  
SANCHO: Mi fe, señor don Juan, habéis premiado  
con no haber esta nueva tan dichosa  
por un momento sólo dilatado.  
A darlo voy a mi Jacinta hermosa,  
y perdonad que, por estar desnuda,  
no la mando salir.

**Vase don SANCHO**

JUAN de L: Por cierta cosa  
tuve siempre el vencer, que el cielo ayuda  
la verdad más oculta, y premiada  
dilación pudo haber, pero no duda.

**Salen don GARCÍA, don BELTRÁN, y TRISTÁN por otra puerta**

BELTRÁN: Ésta no es ocasión acomodada  
de hablarle, que hay visita, y una cosa  
tan grave a solas ha de ser tratada.  
GARCÍA: Antes nos servirá don Juan de Sosa  
en lo de Salamanca por testigo.  
BELTRÁN: ¡Que lo hayáis menester! ¡Qué infame cosa!  
En tanto que a don Juan de Luna digo  
nuestra intención, podréis entretenerlo.  
JUAN de L: ¡Amigo don Beltrán!  
BELTRÁN: ¡Don Juan, amigo!  
JUAN de L: ¿A tales horas tal exceso?  
BELTRÁN: En ello  
conoceréis que estoy enamorado.  
JUAN de L: Dichosa la que pudo merecello.  
BELTRÁN: Perdón me habéis de dar; que haber hallado  
la puerta abierta, y la amistad que os tengo,  
para entrar sin licencia me la han dado.  
JUAN de L: Cumplimientos dejad, cuando prevengo  
el pecho a la ocasión de esta venida.  
BELTRÁN: Quiero deciros, pues, a lo que vengo.

**Don GARCÍA habla aparte a don JUAN de Sosa**

GARCÍA: Pudo, señor don Juan, ser oprimida  
de algún pecho de envidia emponzoñado  
verdad tan clara, pero no vencida.  
Podéis, por Dios, creer que me ha alegrado  
vuestra victoria.  
JUAN de S: De quien sois lo creo.

GARCÍA: Del hábito gocéis encomendado,  
como vos merecéis y yo deseo.  
JUAN de L: Es en eso Lucrecia tan dichosa,  
que pienso que es soñado el bien que veo.  
Con perdón del señor don Juan de Sosa,  
oíd una palabra, don Garcia.  
Que a Lucrecia queréis por vuestra esposa  
me ha dicho don Beltrán.  
GARCÍA: El alma mía,  
mi dicha, honor y vida está en su mano.  
JUAN de L: Yo, desde aquí, por ella os doy la mía;

#### **Danse las manos**

que como yo sé en eso lo que gano,  
lo sabe ella también, según la he oído  
hablar de vos.  
GARCÍA: Por bien tan soberano,  
los pies, señor don Juan de Luna, os pido.

#### **Salen don SANCHE, JACINTA y LUCRECIA**

LUCRECIA: Al fin, tras tanto contrastes,  
tu dulce esperanzas logras.  
JACINTA: Con que tú logres la tuya  
seré del todos dichosa.  
JUAN de L: Ella sale con Jacinta  
ajena de tanta gloria,  
más de calor descompuesta  
que aderezada de boda.  
Dejad que albricias le pida  
de una nueva tan dichosa.

#### **Hablan aparte don GARCÍA y don BELTRÁN**

BELTRÁN: Acá está don Sancho. ¡Mira  
en qué vengo a verme agora!  
GARCÍA: Yerroos causados de amor,  
quien es cuerdo los perdona.

#### **A don JUAN, viejo**

LUCRECIA: ¿No es casado en Salamanca?  
JUAN de L: Fue invención suya engañosa,  
procurando que su padre  
no le casase con otra.  
LUCRECIA: Siendo así, mi voluntad  
es la tuya, y soy dichosa.  
SANCHE: Llegad, ilustres mancebos,  
a vuestras alegres novias;  
que dichosas se confiesen  
y os aguardan amorosas.  
GARCÍA: Agora de mis verdades  
darán probanza las obras.

#### **Vanse don GARCÍA y don JUAN de Sosa a JACINTA**

JUAN de S: ¿Adónde vais, don García?  
Veis allí a Lucrecia hermosa.  
GARCÍA: ¿Cómo Lucrecia?  
BELTRÁN: ¿Qué es esto?

#### A JACINTA

GARCÍA: Vos sois mi dueño, señora.  
BELTRÁN: ¿Otra tenemos?  
GARCÍA: Si el nombre  
erré, no erré la persona.  
Vos sois a quien yo he pedido,  
y vos la que el alma adora.  
LUCRECIA: Y este papel engañoso,

#### Saca un papel

que es de vuestra mano propia,  
¿lo que decís no desdice?  
BELTRÁN: ¡Que en tal afrenta me pongas!  
JUAN de S: Dadme, Jacinta, la mano,  
y daréis fin a estas cosas.  
SANCHO: Dale la mano a don Juan.

#### A don JUAN de Sosa

JACINTA: Vuestra soy.  
GARCÍA: Perdí mi gloria.  
BELTRÁN: ¡Vive Dios, si no recibes  
a Lucrecia por esposa,  
que te he de quitar la vida!  
JUAN de L: La mano os he dado agora  
por Lucrecia, y me la disteis;  
si vuestra inconstancia loca  
os ha mudado tan presto,  
yo lavaré mi deshonor  
con sangre de vuestras venas.  
TRISTÁN: Tú tienes la culpa toda;  
que si al principio dijeras  
la verdad, ésta es la hora  
que de Jacinta gozabas.  
Ya no hay remedio, perdona,  
y da la mano a Lucrecia,  
que también es buena moza.  
GARCÍA: La mano doy, pues es fuerza.  
TRISTÁN: Y aquí verás cuán dañosa  
es la mentira; y verá  
el senado que, en la boca  
del que mentir acostumbra,  
es la verdad sospechosa.

## FIN DE LA COMEDIA

---

Texto electrónico por [Vern G. Williamsen](#) y [J T Abraham](#)

Formateo adicional por Matthew D. Stroud

[Association for Hispanic Classical Theater, Inc.](#)

2012 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

